



CAPITULO II

SUMARIO: 1. Tiritando en verano.—2. Sedición castigada.—3. Más al Sur.—4. En el descado estrecho.—5. Deserción de la nave *San Antonio*.

DEJANDO aquel golfo á pocos grados hacia el antártico, porque se inclinaba ya la tierra hacia Occidente, hallaron otro gran golfo, al que dieron el nombre de San Julián. Había en él un puerto muy seguro, y por eso el capitán mandó echar anclas en él.

Ya el sol, subiendo hacia nosotros, abandonaba aquellas tierras: tenían mucho frío cuando el sol había pasado la mitad de Aries, como entre nuestros septentrionales cuando el sol pasa la mitad del signo Libra.

En aquel puerto pasaron los nuestros más de cuatro meses de verano bajo tugurios y chozas, detenidos por el frío y encerrados por las tempestades ¹, pues entraron en aquel puerto el día 1.º de Abril y salieron el 24 de Agosto.

2. Aquí el portugués Magallanes se ensañó con cierto varón llamado Juan Cartagena, familiar del obispo de Burgos, que con real nombramiento había sido señalado por colega de Magallanes y segundo jefe de la Armada. A éste y á un sacerdote, con ocasión de asechanzas que urdían para matarle, les dejó en tierra con una alforja de galleta y una espada para cada uno; habría querido castigar con pena de la vida sus intentos, si acaso pensaron en matarle; pero no se atrevió temiendo al odio de los castellanos, que ya se lo tenían ². Este

¹ No se olvide que, estando en el hemisferio Sur, los meses de nuestro verano eran invierno para ellos.

² Juan de Cartagena y el sacerdote Morales eran reos de sedición en campaña, y como tales fueron condenados por el tribunal. Duro era el destierro, de que no habian de volver, dejados con su

asunto y otros á éste semejantes, lo cuentan varios de varias maneras: unos dicen que Magallanes tuvo razón para hacer lo que hizo; otros se lo afean, y atribuyen aquellas ejecuciones á la antigua animosidad general entre castellanos y portugueses.

3. Vieron allí chozas de indígenas; pero es gente inculta, sin armas, que sólo se cubre con pieles; errante, sin asiento fijo, sin ley, de alta estatura: se llaman patagones.

Cuando el sol volvía ya á las regiones aquellas, levando anclas el 24 de Agosto de 1521, bajaron desde aquel puerto de San Julián hacia el antártico otros catorce grados, dicen ellos. Aquí tenemos que andar un poco á pie firme. De niño había oído confusamente Magallanes, en los hechos portugueses, que había un estrecho por aquellas tierras con revueltas á varios

espada y su alforja de galletas entre los patagones. Pero también eran duras y apremiantes las circunstancias en que se veía Magallanes, como Colón antes de ver tierra. Los castigos eran legales y parecían también imprescindibles.

trechos; pero no sabía por dónde lo debiera buscar. La suerte dió lo que la razón no dirigía ¹.

4. Le cogió tan ruda tempestad, que se llevó una de las naves y la arrojó entera en peso sobre ciertos peñascos que allí había próximos. Se salvaron los hombres; pero la nave se quedó hecha astillas del golpe de la tormenta. He aquí ya dejada atrás una de las cinco naves.

Un poco más allá tenía á mano izquierda inmensa extensión en el océano, y á la derecha montañas inaccesibles cubiertas de nieve. Una de las naves que necesitaba menos fondo, buscando abrigo por la furia de las olas, se acercó más á tierra, y vió por casualidad un paso estrecho; pasando un poco más

¹ Es del todo inexacto que el descubrimiento del estrecho se debiera á la casualidad. El objeto primordial de la empresa no fué otro que buscar por Occidente un paso para encontrar la especiería que los portugueses explotaban por el Oriente. Desde que Magallanes pasó la tierra americana señalada á Portugal, de golfo en golfo y de río en río fué buscando su anhelado paso, hasta que con muy heroica constancia de soldado y singular pericia de marino lo encontró.

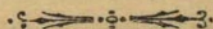
adentro, dió con un golfo espacioso, que tenía de ancho cuatro leguas españolas, y de largo seis. Volviéndose la nave, dió noticia del estrecho. Paso aquí por alto muchas menudencias. Siguiéronla las otras naves: dicen que en alguna parte, con una honda, se podrían haber tirado piedras á los montes de ambos lados. La tierra aquella estaba desierta: dicen que los montes de ambos lados del estrecho están cubiertos de cedros.

Pasado aquel golfo, se encontraron con otro estrecho algo más ancho, pero angosto; después otro golfo; luego otro estrecho, más allá del cual había otra ensenada. Al modo que en los mapas de Europa vemos dos gargantas estrechas que abarcan cierto espacio ancho en el Helesponto, así en este estrecho hay tres con otros tantos espacios mayores; estos estrechos están llenos de pequeñas islas, por lo cual navegaban por aquellos lugares siempre con el recelo de dar con bajos.

Por todas partes encontraron ma-

res profundísimos. El derrotero aquel se dirigía al Occidente ártico, al cual le asignan ciento diez leguas de extensión. Echando anclas en casi á mitad de aquel trecho, en cierto espacio cuadrado de mar no hallaron cosa digna de mención, y siguieron su camino tres de las cuatro naves.

Allí se quedó la cuarta, la llamada *San Antonio*. Los compañeros creyeron que seguiría, pero se paró; volvió la espalda á las demás, y regresó hace ya tiempo, diciendo pestes contra Magallanes. Nos parece que los jefes de la nave no dejarán de pagar semejante falta de disciplina. Prosiguieron, pues, los demás con tres naves. Por fin salieron de aquellos estrechos, en que entraron el día 21 de Octubre y salieron el 27 de Noviembre. Durante ese tiempo, dicen que tuvieron los días muy largos y las noches muy cortas, lo cual no es contrario á la cuenta de la esfera.





CAPITULO III

SUMARIO : 1. En el Pacífico y faltos de todo.—2. Las islas de los Ladrones.—3. El cacique de Berneo bautizado.—4. Pasa Magallanes á Matam.—5. Le matan allí.

PASADO aquel estrecho, se encontraron en otro vasto mar océano, esto es, al otro lado de nuestro creído continente (*el americano*), que se junta con el mar que en las Décadas llamo Austral, cuyo primer descubridor fué Vasco Núñez, desde el Darién, guiado por los hijos del cacique Comogro.

Por aquel inmenso mar dicen que pasaron tres meses y veinte días, sin ver más que cielo y agua salada. De la suma necesidad y de los inmensos calores (*que pasaron*),

cuentan casos que dan lástima. Por muchos días no tuvieron más que la ración diaria de arroz que cabe en el puño, sin miaja de ningún otro alimento; la penuria de agua potable era tal, que para cocer el arroz se veían precisados á echar la tercera parte de agua salada del mar; y si acaso alguno intentaba beberla pura, tenía que cerrar los ojos por el poso verde, y taparse las narices por el hedor.

Dirigiéndose por aquel mar grandísimo al Occidente y Septentrión, llegaron otra vez á la línea equinoccial, cerca de la cual encontraron dos islas sin vida, á las que llamaron Infortunadas por ser completamente inútiles y desiertas, y después á otra multitud de islas las llamaron Archipiélago, á semejanza de nuestras Cícladas en el mar Jonio.

2. A la entrada de ellas desembarcaron en varias islas, á quinientas leguas de la salida del paso estrecho. Sin expresar el nombre antiguo, llamáronlas de los Ladrones;

porque, si bien recibieron en paz á los nuestros, cuanto podían coger lo robaban, como ese linaje vago de ladrones que en italiano se llaman zíngaros (*gitanos*), y dicen, mintiendo, que son egipcios.

Entre las cosas que tomaron furtivamente, se habían llevado también, apenas habían vuelto la espalda los nuestros, la lancha en que habían desembarcado; pero volvieron á traerla, si bien matando antes á muchos de ellos. Es gente desnuda, y medio bestias.

Hay allí árboles que crían cocos. La mayor de aquellas islas es la de Berneo, la cual no vacilan en escribir que tiene doscientas leguas de circuito. En el puerto de esta isla dicen que se crían unos árboles cuyas hojas, cuando se caen, andan arrastrándose como los gusanos; pienso que entre ambas caras de la hoja estará hinchado algún espíritu vital que, á modo de aliento de poca duración, mueva las hojas.

Conocieron que había dos clases

de religión, idólatras y mahometanos, bastante conformes entre sí. Críanse en ella rebaños de bueyes y de búfalos, y también á cada paso hatos de cabras y abundancia de nuestras aves; ovejas, no.

Tampoco tienen trigo, cebada ni vino; abundan de arroz, que constituye su pan, y con el cual arreglan varias viandas.

3. El cacique de Berneo y los nuestros, se hicieron de una y otra parte regalos agradables. El cacique envió á los nuestros sus regalos en dos elefantes, y al día siguiente treinta y dos clases de comida, que trajeron los nobles á cuestras. Veinticinco mil casas dicen que tiene la ciudad de este príncipe, pero de madera, excepto el palacio del rey, que es de piedra, según dicen.

Alrededor de Berneo hay muchas islas pequeñas, y entre ellas dos, que la una se llama Zubo¹, y la otra Matam, tomando este nombre de su población principal. Ma-

¹ Es Zebú, y así la nombraré en adelante.

gallanes se ganó la voluntad del régulo de Zebú, regalándoles cosas nuestras que les gustaban por lo nuevas y desconocidas para ellos.

Bautizó al régulo, y le hizo subdito del César.

4. Después, dejando las naves en el puerto de Zebú, con sus lanchas y con canoas unilígneas del país y soldados de Zebú, pasó á la isla de Matam, llamada así por el pueblo Matam, que está á la vista y dista sólo cuatro leguas. Se propuso persuadir por medio de intérpretes al rey de Matam que consintiera en someterse al gran rey de España y al de Zebú, y en pagar tributos. El respondió que al gran rey de España sí, pero al de Zebú que no. Magallanes saqueó y quemó del todo un pueblo vecino á la capital, de unas cincuenta casas, y se volvió á Zebú con la presa, cosas de comer, de que había alguna escasez en Zebú, y alhajas varias. Pero la mayor parte de aquello lo arrebataron para sí los de Zebú, enemigos de los de Matam.

5. A los ocho días volvió Magallanes, dejando igualmente las naves. Intentó atacar la propia capital de Matam. La intimación de Magallanes, ido allí con mala estrella, fué rechazada por el régulo, que salió armado con su gente. A más de los dardos del país, de cañas y madera tostada, tiene este reyezuelo picas largas y con hierro, porque recorren aquellas islas los chinos y mercaderes de las regiones chinas. (*Magallanes*) con siete compañeros fué muerto por el régulo, quedando heridos veintidós. De este modo el buen portugués Magallanes concluyó con su codicia de aromas ¹.

¹ No se ve motivo ninguno para acusar de avaro al intrépido navegante que, al emprender su arriesgadísima empresa, por escritura pública cede por siempre jamás á los franciscanos de Triana, *porque son probes*, la pensión que España le señala.

Magallanes merecía otro responso que el del texto cuando muere en el campo de batalla peleando con excesivo, y acaso imprudente arrojo, por la cruz de Cristo y por la corona de España. Aunque nacido en extranjera tierra, es, lo mismo que el gran Colón, preclara gloria española, digno representante de nuestro genuino carácter patrio, modelo y prez que nunca deben borrar de sus brillantes anales el ejército y la marina de España.



CAPITULO IV

SUMARIO: 1. El convite traidor.—2. El Archipiélago.—
3. Las Molucas.—4. Supersticiosa explicación de las
especies aromáticas.

Los que sobrevivieron regresaron para juntarse con sus compañeros en Zebú. Invitados por el régulo, asistieron á un convite Juan Serrano, el principal de los pilotos del océano, ahora capitán de una nave, de quien se habló en las Décadas primeras, y otro capitán de otra con unos diez compañeros. Entretanto iban andando por la isla otros marineros, unos cuarenta. Saltó de su emboscada un escuadrón armado del régulo, y mató á los que estaban comiendo. Reservó á los capitanes,

y los llevaban desnudos públicamente á la orilla del mar, pensando que acudirían otros de las naves en las lanchas, y que los podrían prender también. Pero los que guardaban las naves no se atrevieron á acercarse, y así, abandonando á sus compañeros, se dieron á la vela sin ventura.

De los que volvieron, y entre otros de un joven genovés, Martín de Indico, que asistió á todo, he investigado qué crimen que se hubiese cometido impulsaría al rey de Zebú á llevar á cabo tan cruel traición. Piensan que la causa del trastorno fué el estupro de las mujeres ¹, pues son celosos.

2. Estas son, á mi entender, las islas de que varios autores cuentan muchas cosas. La mayor parte ponen tres mil islas; otros más, y que

¹ No pone tal causa, nada verosímil y casi imposible en aquel caso, el escritor Pigafeta, que estuvo en todo el viaje alrededor del mundo, sino la presión que sobre el cacique bautizado de Zebú hicieron, con gravísimas amenazas, el de Matam y otros después de haber muerto á Magallanes.

no distan mucho de las costas de la India. Entre las islas que rodean á Berneo, una es en la que están dos pueblos : Buturán y Calegán ; allí los recibieron en paz. Desde esa misma isla vieron otra que los de Calegán les señalaron con el dedo, en la cual ellos y los de Buturán dijeron que en la arena del mar había tanto oro que con sólo acribarla cogen pepitas de oro como una avellana, ó poco menos, y desprecian las demás como de ningún valor.

Enfrente de ésta hay otra insigne por dos poblaciones notables: Vindanaho y Chipico, la una al Sur, y la otra al Norte. La tierra meridional cría el cinamomo (*canela*), la otra oro. De lo uno y lo otro dieron algo á los nuestros á cambio de otras cosas. Como ya lo dije, los mercaderes escitas y chinos, y los de otras regiones de la India, suelen acudir á estas islas frecuentemente á cambiar oro, perlas y otras cosas, (*dando*) ellos telas, paños y demás cosas conducentes

al ornato y cuidado de la persona, y también á la guerra.

3. De la vista de estas islas distan hacia el equinoccio ciento setenta y cinco leguas las tan deseadas islas Malucas : diez grados cuentan ellos ; de modo que no comprendo cómo echan estas cuentas. Los antiguos filósofos pretenden que el grado consta de sesenta millas italianas, que cada una tiene mil pasos medidos : éstos dicen que la legua tiene cuatro millas por mar y tres por tierra. Si sacamos la cuenta de las leguas según los marinos españoles, cada grado contiene quince leguas ; pero ellos , en contra del sentir de todos, dicen que el grado comprende diecisiete leguas y media. Entiéndanse ellos, que yo no los entiendo.

Vengamos á las Malucas. Por fin fueron á ellas. Las principales son cinco, que, ó están debajo de la línea equinoccial, ó próximas á ella. Cada una de ellas tiene casi igual circuito : cuatro, cinco ó á lo más seis leguas. Por cierto instin-

to de la naturaleza, en cada una domina un alto collado. En ellas nace y sazona el clavo naturalmente. Por el lado antártico, parece que las cierra á las cinco un gran territorio que se llama Gilolo; en Gilolo nace también el clavo, pero áspero y semisilvestre, como sucede con las castañas ó las aceitunas de olivos no injertados; pero en todas aquellas islas pequeñas todo el clavo es aromático.

4. Y es un gusto el oír de dónde le viene al clavo, en sentir de ellos, aquella virtud aromática. Dicen los naturales que todos los días se levanta tres veces cierta nube (ellos dicen que es enviada del cielo), por la mañanita, al medio día y por la tarde, que cubre las cimas de los montes que crían el clavo, de modo que entonces no se puedan ver las cumbres, y que al poco rato se disipa la nube aquella. Que los árboles del clavo, que son parecidos y casi iguales al laurel, son fecundados con aquel aire (*spiritu*), se prueba, según ellos, porque aquella nube

no baja nunca á los llanos de las islas, y porque los árboles trasplantados de los collados no se crían bien ni dan fruto de sabor. Cada isla guarda una llanura para destinarla á sembrar arroz.





CAPITULO V

SUMARIO : 1. Otra nave menos.—2. Augurios misteriosos.
3. Alimentos.—4. Los cocos.

BAJARON á una de ellas (*de las cinco islas*), cuyo reyezuelo les recibió en paz y honoríficamente, pero sólo con dos naves, pues la tercera, por cuanto faltaba ya gente que pudiera gobernar más después de la muerte del capitán y los compañeros y el fatal convite, la deshicieron. Quedaron las que llevaban los nombres de *Trinidad* y *Victoria*.

2. Esta gente va casi desnuda; sólo usan de unas vendas de membranas de árbol para cubrirse las

ingles. Aquel régulo refirió á los nuestros que les hospedaba con alegría porque pocos meses antes había visto en el círculo de la luna que venía por el mar una gente extranjera, y declaró que los nuestros no discrepaban un punto de aquella semejanza.

Dicen que aquellas islas piensan que distaban de la Española cinco mil leguas, que contienen veinte mil millas italianas: me parece que se equivocan. Cuentan los nuestros que aquellas islas son dichosas aunque no tienen nuestro pan ni nuestro vino, ni carnes de vaca ni de carnero, porque se contentan con su arroz, con el cual hacen mil géneros de comida.

3. Tienen otro pan plebeyo de la medula interior, ya envejecida, de algunas palmas caídas, como suele suceder en los bosques espesos de los montes por donde no andan los hombres, que se caen grandes árboles, ó por la fuerza de los huracanes, ó porque les falta la substancia terrestre ó las raíces con el largo trans-

curso de los años, y, creciendo el tamaño del árbol, y necesitándose más fuerza en las raíces para sostener el árbol de la que puede darles la tierra, por lo que quiera que sea, hay en las selvas muchos caídos, y allí se pudren y se ponen blancos, y se los come la polilla. Así es el corazón de la palma del que ellos hacen pan vulgar. Parten la medula en forma cuadrada; luego la hacen harina y la secan, y por fin la amasan y cuecen. Trajeron unos pedazos hechos en forma de ladrillo: quise yo probarlo, no hay cosa más áspera y más insípida; debe de ser el alimento de los pobres necesitados, que no alcanzan arroz por no tener tierra de cultivo.

He visto yo también en los montes, campos y aldeas á los montañeses comer pan un poco más sabroso, de color casi negro, del grano de tifa, que en español se llama comunmente centeno, ó de mijo, ó de panizo ú otras (*semillas*) peores que eso. Es regla de la caprichosa rueda de la Fortuna que se harten

pocos y pasen hambre la mayor parte ; que logren regalarse algunos , y que no sean muchos los que andan en banquetes. Y, sin embargo, se vive en todas partes, porque la naturaleza se contenta con poco con tal que nos acostumbremos á lo poco.

Cuidan de criar cabras y aves de toda especie. Tienen cañas dulces, como las de que se saca el azúcar. También las manzanas cartaginesas, que en Italia y España se llaman granadas, y frutas medicinales y cítricas de todas clases. En éstas nombran los españoles limas, limones, naranjas, toronjas, cidras, cidrones, que se diferencian entre sí. También llamaré por sus nombres.... á las hierbas que nacen en los arroyitos de las fuentes. Si el vulgo español sencillamente y sin rodeos las llama berros, el italiano *cresones*. Y lo que sienta peor, entre esas hierbas nace no sé qué otra de venenò mortal, llamada por los españoles anapelo.

Si á uno de esos que no cuidan

de acumular para su alma otros tesoros que el ser latinos, por más que la lengua latina no tenga tal palabra y se pueda tomar muy bien de otra, se le pregunta si (*en latín*) es permitido decir *anapelo*, se pondrá á refunfuñar, y dando un resoplido con solemne gravedad murmurará que aquella cosa debe llamarse *estrangulador del lobo*. Conque así, á mi ver, con permiso de esos sabihondos, las islas Malucas abundan de naranjas, limas, limones, toronjas, cidras, cidrones, granadas, manzanas y hortalizas.

No ha sido sin motivo el mencionar los cresones ó berros y el anapelo, porque, al comenzar la cena hace pocos días, comíamos de esa hierba con su vinagre, sal y aceite; y mi Fernando Rodrigo, de quien alguna vez se sirvió S. M. Cesárea por consejo de Vuestra Beatitud, dió con el anapelo; y así que le comió, como si hubiese tomado cicuta ó acónito, así cayó enfermo; se le auxilió al punto con tisana (?) (*tinaca*) y mitrídato; pero estuvo

mucho tiempo medio atolondrado. ¿No es verdad que será sabrosa y bien sonante palabra, *anapelo*, por más que aquéllos charlen que con feo rodeo debe decirse *estrangulobos*?

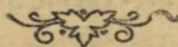
Los vinos no los hacen de uvas, de que carecen las islas Malucas, sino de varias clases de frutas, ¡y sabrosos!, particularmente de una.

4. Hay entre aquéllos, y entre los habitantes de nuestro creído continente, un árbol que casi es una palma por la semejanza de la forma; pero en el modo de criar se diferencia mucho. Este árbol cría doce racimos y á veces más, hasta veinte: en cada racimo gajos como de uva, pero vestidos en mil cubiertas; y desnudado cada gajo es semejante á un meloncillo muy redondo, pero con su corteza de tortuga, casi tan dura como la concha.

A las frutas aquellas les llaman cocos: el coco está cubierto con más tejidos exteriores que la palma de comer, con las mismas costillitas y redes que los ligan entre sí, y no

cuesta menos trabajo desnudarlo de aquellas túnicas que el descarfollar los palmitos. Abiertos los cocos, dan comida y bebida, encontrándose llenos de un licor suave. Dentro de la corteza se cría una masa esponjosa, adherida á la corteza, con unos dos dedos de espesor, en lo blanca y blanda semejante á la manteca ó la enjundia, pero de más delicado sabor. Esta masa, despegándola de la corteza interior, es muy buena de comer. Si revolviéndola un poco se conserva algunos días en su mismo vaso, dicen que se derrite y se convierte en un aceite más suave que el de olivas, y muy saludable para los enfermos.

Otro servicio útil hace la naturaleza con este árbol. Taladran los lados del árbol por donde echa las hojas, y dicen que destila gota á gota, en una vasija que ponen debajo, un licor potable de gratísimo sabor y muy salutífero.





CAPÍTULO VI

SUMARIO : 1. Pez monstruoso. — 2. Las especias.

SE dedican á la pesca que crían aquellos mares, de muchos géneros, y entre ellos uno no poco monstruoso, algo menor que de un codo, barrigudo, de levantada espalda, que no tiene escamas, sino un pellejo muy duro; cara de puerco, la frente armada con dos cuernos derechos de hueso, con dos prominencias huesosas en la espalda.

2. El régulo en cuya tierra desembarcaron los nuestros, creyendo que les había llevado el poder divino, les preguntó qué deseaban, ó en

busca de qué iban. Respondieron que de aromas, y él dijo: «Los que nosotros tenemos los tendréis»; y dicho esto, llamó á sus isleños sometidos, y les mandó que enseñaran á los nuestros los montones de clavo que tuviera cada cuál, y dejaran que se los llevaran los nuestros si querían, aunque compensándolos honradamente; pues cuando el clavo ha madurado lo amontonan en casa, esperando á los mercaderes, como sucede con las demás mercancías. De allí, en ciertas naves grandes, que ellos llaman juncos, lo llevan á las ferias de Colocut, Cochin, Canenoro y Malaca. Lo mismo se hace con la pimienta, jengibre, canela y demás golosinas poco necesarias, que afeeminan á los hombres. Pero en estas cinco islas Malucas no se cría ningún otro aroma más que el de clavo.

Mas no lejos de estas islas están las que crían otras cosas muelles. Esto se lo dijeron los naturales de las Malucas, y lo aprendieron tam-

bién con experiencia pirática. Pues cuando se encaminaban á las Malucas desde la isla grande Borneo y demás adyacentes, en una de las cuales mataron al capitán Magallanes, de improviso, conforme iban navegando, tropezaron con una nave grande del país, desprevenida, de las llamadas juncos, cargada de mercancías, entre las cuales encontraron abundancia, aunque no mucha, de todos los otros aromas (*especias*) en muy buen estado, como recién cogidos. Las naves aquellas no se atreven á recorrer largos derroteros de mar, porque no están construídas con tal arte que puedan aguantar aquellas tempestades marinas que las nuestras resisten, ni tampoco sus marineros son tan peritos que sepan navegar cuando no les da el viento en popa. Aquella embarcación llevaba á otra isla próxima su cargamento de productos del país, arroz, cocos, de que hemos hablado poco ha, gallinas, patos y muchos comestibles; también alguna cantidad de oro en pe-

pitás. Con aquellos productos se prepararon ricas comidas, á costa de los inocentes que pasaban sin sospechar nada.

Determinaron, pues, cargar de clavo las dos naves que les quedaban, y porque en el territorio de aquel reyezuelo no se halló tanta abundancia que se pudieran llenar las dos naves, el mismo régulo recorrió las vecinas que están á la vista; pues, de las cinco, cuatro se ven unas desde otras; la quinta está un poco más lejos de ellas, cuanto no alcanza la vista del hombre, sino poco más. He ahí, pues, llenas las dos naves de clavo, del recién cogido de los árboles, de los cuales se llevaron también ramas, cada una con el clavo que tenían.

Todos los de la corte (*en España*) se holgaron de ver aquellas ramas, y de oler las bayas en las ramas que les criaban. El olor aquel se diferencia no poco del de el clavo viejo que venden los farmacéuticos. Yo obtuve la mayor parte de las ramas traídas: repartí á varias

personas muchas para enviarlas á diversas partes: aun me quedan unas poquitas, que las reservaré hasta que sepa si ha llegado alguna de ellas á manos de Vuestra Santidad.

Se cargaron, pues, de clavo dos naves. Contemos ahora lo que sucedió después. Una de ellas, la *Trinidad*, estaba carcomida, corroída, podrida, y tan agujereada de los gusanos que en italiano se llaman *bisas* y en español *broma*, que por sus costados y por el fondo pasaba el agua como por una criba; por lo cual no se atrevieron á confiarse en ella á tan larga navegación hasta componerla. Por eso se quedó allí la *Trinidad* hasta el día de hoy: si estará sin novedad, no lo sabemos; y así, de cinco volvieron dos solas; ahora, ésta que se llama la *Victoria*; el año pasado, la *San Antonio*; de los hombres, pocos.





CAPITULO VII

SUMARIO: 1. Importancia de la vuelta al mundo.—2. Su explicación.—3. Atentado de los portugueses.

FALTA decir por dónde volvió la *Victoria*. Porque al cabo de tres años menos pocos días, contados desde su partida, volvió por otro camino, dejándose en el viaje á todos los principales por sucesos infortunados. Pero esta empresa, inaudita hasta el presente y jamás intentada desde el principio del mundo, (*la llevó á cabo*) esta nave dando vuelta á un paralelo entero, á toda la tierra.

Si esto lo hubiese realizado un griego, ¡qué no habría inventado la Grecia acerca de esta novedad in-

creíble! Dígase qué es lo que hizo la nave de los argonautas, la cual, sin avergonzarse ni reirse, cuentan supersticiosamente que fué llevada al cielo. Si reflexionamos lo que hizo esa nave, saliendo de Argos al Ponto llegó á Oetes y Medea con sus héroes Hércules, Teseo, Jasón: no sé lo que hizo; la gente no sabe aún qué fué aquel vellocino de oro, y el trecho de camino que hay de Grecia al Ponto lo han aprendido los muchachos de los gramatiquillos: la uña de un gigante es mucho mayor que esa distancia.

2. Pero cómo es posible que haya dado vuelta al mundo, se ha de trabajar para hacerlo entender á los hombres, porque es duro de creer. Hagamos, pues, la experiencia.

Haga Vuestra Beatitud que le pongan una esfera sólida redonda, en que esté dibujada toda la figura del orbe. Comience á guiarse por el paso de Hércules, llamado Estrecho de Gibraltar.

Saliendo á mano derecha, se en-

cuentran primero las islas Afortunadas, llamadas comúnmente las Canarias. Entre ellas y las costas de Africa, yendo en derechura á Mediodía, se encuentran otras islas, que sus dueños, los portugueses, llaman las islas de Cabo Verde, y en latín se dice las Górgadas de Medusa.

Aquí se ha de fijar mucho la atención, porque es donde comienzan á admirarse. Los portugueses, desde las Hespérides, vuelven las proas completamente á mano izquierda, y pasan la línea equinoccial, y cruzan también el trópico de Capricornio, hasta el último promontorio de los montes de la Luna, y lo llaman Cabo de Buena Esperanza, por decirlo yo con el nombre común, á treinta y cuatro grados del ecuador: otros rebajan dos. Desde la punta de aquel promontorio se vuelven hacia Oriente, y navegando recorren las entradas del mar Eritreo, del Golfo Pérsico y las vastas costas del Indo y del Ganges, hasta el Quersoneso Aureo,

que ellos llaman Malaca, según llevamos dicho.

He ahí la mitad del círculo del orbe. Todos los cosmógrafos han dejado escrito, en el cómputo de siempre, que ése es el espacio que es sol recorre en doce horas, de las veinticuatro.

Midamos ahora la otra mitad que resta. Hay que volver á las Górgadas. Dejando á mano izquierda estas islas, esta nuestra flotilla de cinco naves se encaminó derechamente á la derecha, volviendo la popa á las popas portuguesas, á la espalda de aquel territorio nuestro, el *sud-americano*, que decimos creído continente, cuyo comienzo está en poder de los portugueses: y pasó tan adelante esta armada que por aquel derrotero llegó más allá del grado cincuenta del antártico, como ya lo dijimos; no pongo el pico, porque en la cuenta de los grados difieren, aunque poco. Siguiendo al sol poniente, como los portugueses al saliente, tomaron por detrás las islas Malucas, que no dis-

tan mucho trecho del en que Ptolomeo coloca á Gatigara y el Golfo Grande, puerta abierta para las regiones de China.

Paso ahora por alto decir nada del Golfo Grande y de Gatinara, que dicen no encontraron que sean como las describe Ptolomeo, en otra ocasión lo diré acaso más extensamente.

Volvamos al paralelo que han rodeado. He aquí el Quersoneso Aureo descubierto por otro camino, y andando al revés que los portugueses. Por el mismo derrotero, á la vista del Quersoneso Aureo y por las sendas de los portugueses, volvió esta nave, reina de la argonáutica, á las Hespérides.

Habiendo arribado á las Górgadas necesitada de todo, despachó un bote con trece hombres pidiendo agua potable y algo qué comer, aunque no de balde. Allí los portugueses, al servicio de su Rey, que les parece que les van á sacar el ojo derecho si otro príncipe logra aprovecharse de los aromas (*las es-*

pecias), apresaron el bote y á su dotación, en contra de los pactos convenidos desde el principio del deslinde, que autorizó el Pontífice Alejandro VI, é intentaron los magistrados regios de las Hespérides prender también la nave, lo cual les habría sido fácil.

Sino que, advirtiendo los marineros lo que les había pasado á sus compañeros, antes de que los portugueses aparejaran sus naves para el encuentro, levando anclas escaparon, dejando en poder de los portugueses á trece compañeros de los treinta y uno que iban, habiéndose embarcado sesenta en las Malucas. Pero los portugueses los han enviado libres por orden de su Rey.





CAPÍTULO VIII

SUMARIO : 1. Trabajos de la tripulación.— 2. Pretensiones portuguesas.— 3. El día de menos.— 4. Su explicación.

SI yo hubiera de referir las cuitas, los peligros, la sed, el no dormir, el trabajo miserable de estar sacando día y noche el agua que se les entraba por grietas y agujeros, tendría que alargarme demasiado. Baste con esto. En aquella nave, con más agujeros que una criba llena de ellos, los dieciocho que trajo, más macilentos que matalón rocín, dicen que anduvieron yagando en tantas vueltas que navegaron catorce mil leguas aquí y allá, aunque confiesan que el ámbito de la tierra tiene me-

nos de ocho mil, porque no sabían por qué camino diferente del que seguían los portugueses debieran buscarse las deseadas islas.

Se trabaja por que no se abandonen tales comienzos. Lo que se resuelva y lo que se convenga con los portugueses, que se quejan de que este negocio les acarreará innumerables perjuicios, ya lo comunicaré.

2. Disputan ellos que las Malucas están dentro de los límites que señaló Alejandro V, Pontífice Máximo, á cada uno de los Reyes, al de Castilla, digo, y al de Portugal; dicen ellos que son pagos, campos y villas que llevan sus productos á las ferias de Malaca, Colocut, Cananoro y Cochín, como sucede en todo el mundo con los campesinos, que llevan á vender á las ciudades y pueblos lo necesario que ellos cultivan y crían en su casa. Nosotros, por el contrario, hallamos que han usurpado Malaca, puesto que está fuera de aquella línea que parte el Oriente y el Occidente desde ambos

polos. Vuestra Beatitud conoce esto muy bien: como que en su presencia se discutió más de una vez esta cuestión.

3. Una cosa queda que llenará de admiración á los lectores, en particular á los que se figuran que manejan familiarmente el vago curso de los cielos. Cuando esa nave volvió á las Górgadas, pensaban los marineros que era miércoles, y se hallaron con que era jueves; por lo cual dicen que les faltó un día en aquella vuelta durante el transcurso de tres años.

Yo les digo á ellos: «Mirad: acaso se han equivocado los sacerdotes pasándoseles aquel día en su celebración ó en el rezo de sus horas.» Ellos me contestan: «¡Cómo! ¿Sospechas tal vez que hemos podido incurrir todos en tamaño error, particularmente los hombres de gran cordura y experiencia? Es asunto común eso de llevar la fácil cuenta de los días y los meses, principalmente cuando muchos llevaban consigo sus libros de Horas, y sabían

perfectamente lo que tocaba rezar cada día. Particularmente en las horas de la Bienaventurada Virgen, ante la cual nos prosternábamos á cada momento implorando su patrocinio, en éstas y en las conmemoraciones de los difuntos empleaban muchos el tiempo ocioso. Echate á pensar, pues, por otro lado: indudablemente nos han quitado un día».

Esto recuerdan unos, otros otras cosas, cada cual lo suyo; pero todos están conformes en que les han quitado un día. «Amigos, añadí yo, tened presente que el año siguiente á vuestra partida, que fué el quinientos veinte, fué bisiesto: no venga de ahí tal vez la equivocación.» Pero afirmaron que aquel año dieron veintinueve días al pequeño Febrero, y que en el bisiesto no se olvidaron del *bis sexto* de las calendas de Marzo. Estos dieciocho que han sobrevivido son com-

¹ Marineros y soldados tenían que ser; pero no todos eran completamente iliteratos, y en particular el escritor Antonio Pigafeta.

pletamente iliteratos ¹. Así hablan unos tras otros.

4. Ansioso yo con este cuidado, busqué á Gaspar Contarino, embajador de su ilustre República veneciana ante el César, y de no mediana instrucción en todo género de letras. Discutiendo con varios argumentos esta nueva y hasta ahora inaudita narración, reconocimos que podía suceder de este modo.

Esta nave castellana salió de las islas Górgadas hacia Occidente, adonde se encamina también el sol. De donde resultó que, siguiendo al sol, cada uno de los días fué para ella más largo en proporción del camino recorrido; por lo cual, completado el círculo que el sol traza en el espacio de veinticuatro horas hacia Poniente, consumió (*la nave*) un día entero, y así tuvo un día de menos que los que en ese espacio de tiempo estuvieron de asiento fijo en cualquier parte.

Y si la armada portuguesa que navega hacia el Oriente, continuando su camino en esa dirección, vol-

viera otra vez á las Górgadas con esta navegación y camino que ahora por vez primera se ha descubierto y manifestado á los mortales, nadie puede dudar que, debiendo tener los días más cortos, una vez dada la vuelta, les sobraría veinticuatro horas completas ó un día entero, y contarían uno de más. Y del mismo modo, si ambas flotas, digo la castellana y la portuguesa, zarparan de las Górgadas en un mismo día, y navegaran, la castellana al Occidente, la portuguesa al Oriente, volviendo popas contra popas, y en el mismo espacio de tiempo regresaran por estas opuestas vías en un mismo instante á las Górgadas, si aquel día era jueves en éstas, para los castellanos, que habrían consumido un día entero teniendo los días más largos, había sido miércoles; mas para los portugueses, á quien les sobraría un día por haberlos tenido más cortos, el mismo día sería viernes.

Discutan más altamente los filósofos este punto filosófico: yo esto

digo por ahora, y basta ya acerca del paralelo recorrido, y de las islas que crían los aromas, del día que faltó y de las nuevas tierras.

Volvamos por fin ahora á los asuntos de Méjico, que abreviaré todo lo posible, porque ya con tanto trabajo me canso y molesto yo mismo por la ancianidad que se va, en cuyas rapaces uñas me dejó Vuestra Beatitud casi cayendo : ella con rápido vuelo trata de empujarme á la voracidad, más rapaz aún, de su hermana la decrepitud, cual si por las sendas de ésta se hubiera de andar más apaciblemente.





LIBRO VIII

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Transporta Cortés, y bota en la laguna de Méjico, los trece bergantines.—2. Queda dueño de la laguna, quita el agua potable á la ciudad y la bloquea.—3. Setenta días de sitio.—4. Coge preso al emperador, y se le rinde todo el imperio mejicano.

ACERCA de la derrota que los nuestros sufrieron en la ciudad lacustre de Méjico, y cómo empezó á reponerse de tal desastre con ayuda de los comarcanos enemigos de los mejicanos, ya se dijo bastante. Pasemos de un golpe á los alrededores de la laguna, omitiendo los hechos intermedios.

Se instaló Cortés con numeroso ejército en una ciudad de ocho mil

casas, pero que tiene arrabales inmensos que se extienden hasta la misma laguna: se llama Tezcuco, y dista dieciocho leguas de Tlascalteca. Sus habitantes no se atrevieron á resistirle por temor de que los entregara al saqueo, aleccionados con el ejemplo de los vecinos. Cortés había dejado en Tlascalteca á los maestros de construir naves para que, mientras él sometía por la guerra á los enemigos comarcanos, arreglaran los trece bergantines que hemos mencionado. Tan pronto como asentó su ejército en Tezcuco, mandó traer las piezas de los bergantines, que fueron transportadas por tablas en hombros de los tlascaltecas y guazuzingos. Y no tomaron con disgusto este trabajo: profesan á los mejicanos un odio tan atroz, que tienen por delicia cualesquiera trabajos que se encaminen á la ruina de aquéllos.

He aquí una empresa ardua para el mismo pueblo romano en sus tiempos más gloriosos. De Tezcuco

corre á la laguna un río no muy grande, cuyas orillas están llenas las dos de continuas casas con huertas entre medias. Mientras se construía la armazón de los bergantines, y se arreglaban los remos y toda la jarcia, mandó abrir un foso desde Tezcucó hasta la laguna, en trecho de tres millas italianas, y con profundidad de tres estados de hombre en algunas partes, con sus buenos parapetos laterales, el cual pudiera estancar el río para llevar los bergantines á la laguna. Hizo esta obra en el espacio de cincuenta días, teniendo perpetuamente ocho mil cavadores del país.

Pero entretanto que se hacían las dos cosas, las naves y el foso, arrasó y quemó la mayor parte de las ciudades de tierra y lacustres que le habían hostilizado cuando huía, y los de Méjico no se atrevían ya á salir á pelear con los nuestros á campo raso.

2. Cuando se hubieron votado á la laguna los trece bergantines por aquella admirable obra del foso,

los mejicanos vieron próxima su ruina; sacaron, sin embargo, valor de la necesidad. Al saber que los bergantines habían llegado á la laguna, prontamente acudió contra ellos inmensa multitud de lanchas con guerreros armados; cinco mil dicen que se juntaron al momento, según lo que después de la victoria les contaron los de la ciudad. A medida que se acercaban las lanchas, los cañones que estaban colocados en las proas y los costados, los destrozaban cual nubecillas que disipa el vendaval. De este modo, andando ya los bergantines por todo el espacio de la laguna, hostigaron fuertemente á la población.

En pocos días le quitó Cortés á la ciudad el agua dulce de los ríos, habiendo roto los acueductos Cristóbal de Olid; y para que no se les pudieran llevar á los sitiados ningunas provisiones, puso alrededor de la ciudad tres ejércitos: uno en Tezcuco por Aztapalapa, que arrasó por completo porque era la más poderosa y antigua residencia del

hermano de Motezuma, ahora rey. Al frente de este ejército estaba el mismo Cortés con más de sesenta mil combatientes, según ellos dicen, pues acudían á él de todas las provincias muchos más de los que él pedía, ya por la esperanza del botín, ya por la de su propia libertad.

Cortés ocupó el puente aquel arriba mencionado, que va desde Aztapalapa á la corte, y poco á poco, peleando, hacía retirarse á los enemigos, ya á brazo, ya con el ímpetu de los caballos y las bombardas, de frente y por los lados. Con ayuda de los bergantines se apoderó del puente (*la calzada*), hasta el castillo de que hablamos en el encuentro del rey Motezuma con los nuestros, donde mencionamos aquel castillo pertrechado con dos torres y que abraza ambos puentes, que se unen con sus bóvedas. En aquel sitio puso Cortés su real, y desde allí era dueño de las entradas de ambas calzadas. Mandó también poner otro campamento para guardar el otro gran puente del Septen-

trión, y al frente de él puso á Gonzalo Sandoval, soldado ejecutor de la justicia, que en español llaman alguacil. El mando del tercer ejército, colocado al otro lado de la ciudad, lo dió á Pedro Alvarado.

Dicen que aquellos tres ejércitos constaban de ciento veinte mil combatientes.

Así rodeada de enemigos por todos los lados la desventurada ciudad, se veía en necesidad extrema de todo, y no menos que los enemigos la afligían con su ambición algunos pocos (cuya sed de mando puso en aquel trance á la infeliz población). El pueblo fácilmente consentiría en someterse á nosotros si no se opusiera el sobrino del rey (*de Motezuma*), hijo de una hermana, usurpador del imperio, y la soberbia de sus próceres.

3. Setenta días continuos fué hostilizada por todos lados, y por detrás y por delante. Dentro de las mismas calles de la ciudad, cuando los nuestros por la tarde se volvían á sus tiendas, escriben que á veces

habían sido muertos mil quinientos, y aun más, en los encuentros de cada día. Cuanto más sangriento había sido el estrago, tanto más abundante y opípara cena tenían los guazucingos, tlascaltecas y demás auxiliares de allí, que acostumbran á sepultar en sus vientres á los enemigos que caen en la batalla, y Cortés no se habría atrevido á impedirlo. De los nuestros, dicen que siempre murieron pocos. Así, pues, ya á filo de espada, ya de necesidad, pereció la mayor parte de los ciudadanos. Cuando los nuestros entraban peleando en la ciudad, las más veces encontraban en las calles montones de muertos, que decían fallecidos de hambre y de sed. Derribaron á cada paso muchas de las casas principales cuando atacaban á los enemigos.

Una vez, en uno de los puentes, los enemigos rodearon y agarraron á Cortés, y le salvó su familiar llamado Francisco Olea, que, vibrando la espada contra los enemigos, de un tajo le cortó las dos manos al

que tenía agarrado á su amo Cortés; pero con mala suerte del libertador, que sucumbió.

4. Por fin dijeron á los nuestros en qué parte se ocultaba el rey con sus deudos y los principales. Así que lo supo Cortés, acometió con los bergantines á una flotilla de lanchas que los espías le descubrieron, en la cual el rey iba de aquí para allá por ciertos rincones escondidos de la laguna, y los cogió á todos. Puesto el rey en poder de Cortés, tocando la daga que Cortés ceñía, dijo: «He aquí el hierro con que puedes y debes degollarme: he hecho lo que he podido; aborrezco el vivir, y me será ya molesto.» Cortés le consoló, y le dijo que era propio de un rey magnánimo hacer lo que había hecho; pero se lo llevó consigo al continente, y con guardia segura lo entregó á los suyos para que lo custodiaran. Después de esto, vencida la gran ciudad y casi deshecha su población, sometió al yugo del César todas aquellas naciones.



CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Cortés pone nuevo rey mejicano.—2. Botín que envía Cortés á España.—3. Tigres á bordo.—4. Cortés premiado.—5. Piratas franceses.

Amí se me han presentado dos de los que en España se llaman hidalgos, que tomaron no pequeña parte en todo aquello, ya en investigar los secretos de las provincias, ya en todos los combates: el uno Diego Ordaz, el otro Benevides. Cuentan que Cortés puso en Méjico un rey á su gusto, nacido de sangre real, y que le mandó establecerse allí á fin de que la ciudad despoblada se reponga á la sombra del rey; porque, de lo contrario, se habría quedado completamente desierta é inculta

tan grande población. Pero él, que no se avenía con el ocio, determinó buscar otras tierras por medio de enviados.

Había enfrente, por el Sur, unas montañas altas: mandó ir á ver lo que había al otro lado, y le trajeron la noticia de que al lado austral de aquellas montañas había otro mar, como en las Décadas lo escribí del mar austral, que Vasco Núñez descubrió desde el Darién: dijéronle también que había allí seis ciudades, de las cuales la menor era mucho mayor que nuestro célebre municipio Valladolid. Una de ellas se llama Teph, otra Mechinaca, la tercera Guaxaca, la cuarta Fuesco, la quinta Tecuan-tepec; el nombre de la sexta no me lo han dicho.

En una carta particular, aparte del volumen de las cosas de Méjico, escriben que en el mar austral entendieron que no estaban distantes de aquellas costas las islas que crían los aromas, el oro y las perlas. Las ciudades que hay en las

lagunas y en las orillas de éstas, se llaman así: Saltúcar, Tenavica, Tenustitán, Scapuzalco, Tacuba, Chapultepec, Culucám, dos Guichilobusco, Suchimilco, Quitagua, Astapalapa, Mesechiche, Colucacán y Tezcuco.

2. De estos dos ha vuelto recientemente Benevides, sólo él de entre sus compañeros de las dos naves enviadas por Cortés. Llevan en ellas regalos que Cortés envía, los cuales dicen son mucho más preciosos y elegantes que los que habían traído, y Su Majestad Cesárea se llevó cuando fué á Bélgica, que Vuestra Beatitud los vió. Estiman estos regalos en precio de unos doscientos mil ducados; pero no han llegado aún aquí aquellas naves: se han detenido en las islas Casitérides, que sus dueños los portugueses llaman las Azores, no sea que cayeran en manos de los piratas franceses, como el año pasado otra que venía de la Española y de Cuba con la suma de setenta y dos mil ducados de oro y seiscientas

libras de perlas preciosas, libras de á ocho onzas, y con dos mil robos de azúcar. Los españoles llaman robo á la arroba de veinticinco libras de á seis onzas. Además, muchos llevaban particularmente muchas cosas, y todo fué presa de los piratas. Se ha enviado una flota armada que traiga con seguridad aquellas dos desde las Casitérides. Cuando escribo esto, aún no han llegado.

3. Traían aquellas naves, según dice Benevides, tres tigres criados desde pequeños, cada uno en su jaula, de buenos palos compaginados, dos en una nave, y en la otra el tercero. En la que llevaba dos, con las sacudidas de la nave por las tempestades, una de las jaulas se abrió un poco de modo que se pudo salir el tigre; y al salirse de noche, no con menos rabia fué saltando por la nave que si jamás hubiese visto á ningún hombre; se ensañó por todas partes, hirió á siete hombres; á uno le quitó un brazo, á otro la pantorrilla, á otro los hom-

bros; á dos mató; á uno que huyendo se subía al mástil, le cogió de un salto; á éste le auxiliaron ya medio muerto los compañeros, y no murió. Todos los que había acudieron con las picas, espadas y toda clase de armas, y acosándole con muchas heridas, le hicieron saltar al mar. Y para que el otro no hiciera otro tanto, le mataron en la jaula. El tercer tigre, dice Benevides que le traen en la otra nave.

En los bosques de aquellos montes hay muchos tigres, leones y otras fieras. Preguntándole que con qué se mantienen, dijo que con ciervos, cabrillas, gamos, liebres, conejos y otros muchos animales mansos que allá se crían.

4. Cuidando de aquellas naves se han quedado dos capitanes de guerra de aquellas tierras, Alfonso Avila y Antonio Quiñones: éstos traen, para entregársela al Rey, la parte que le ha regalado el pueblo, y la parte de Cortés la cuida Juan Ribera, secretario del propio Cor-

tés, y desde el principio compañero de todos sus trabajos.

El César, á consulta de nuestro Real Senado de Indias, ha confirmado á Cortés en el gobierno de Nueva España, que así la llama él. Pero Diego Velázquez, ó ha sido separado del mando de Cuba ó poco menos, porque se ha resuelto que no obró bien mandando tropas contra Cortés á pesar de la prohibición del Senado de la Española.

5. Recientemente se ha tenido noticia de haberse visto vagar por el océano quince naves de piratas franceses, con ánimo de coger estas naves como cogieron otra, pero que las tempestades les han arrojado al Africa y echado á pique la mayor parte.





LIBRO IX

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Colonias del Darién.—2. El istmo de Panamá.—3. Tigres y monos.

HASTA aquí, dejando á un lado muchos detalles para no cansar contando menudencias, he referido lo que Cortés y sus compañeros de armas, y los que ejercen cargos en aquellas regiones, el tesorero, contador, distribuidor, que los españoles llaman factor, ó me lo han escrito estando allá, ó de viva voz me lo han contado cuando han venido.

Digamos ahora unas pocas cosas

acerca del Darién, en su mayor parte noticias recientes, sabidas por cartas de Pedro Arias, Gobernador del creído continente, y por medio de su hijo primogénito Diego Arias, que ha regresado del lado de su padre. Después (*hablaremos*) de las cosas de la Española y de Cuba ó Fernandina.

Y primeramente esto. En el que se cree continente se han erigido cinco colonias: en las costas septentrionales del territorio, Santa María la Antigua, pueblo que llamamos Darién porque, como lo he dicho extensamente en las primeras Décadas, está situado á la orilla del río Darién. Por qué escogieron aquel sitio, por qué le pusieron ese nombre, que se llamaba Zemaco de su cacique Zemaco, bastante se explicó entonces. A treinta leguas de Darién, hacia el Occidente, está asentada la segunda colonia, llamada Acla. A cuarenta leguas de Acla está, en la playa, hacia Occidente, el domicilio llamado Nombre de Dios, con el nombre del

puerto que así llamó Colón, primer descubridor de aquellas regiones. En la playa austral están, con sus mismos nombres patrios, Panamá y Natám, últimas que se han levantado.

El territorio por alguna parte es muy ancho, pero especialmente en el trecho que recorre el gran río Marañón, del cual hablamos bastante difusamente en las primeras Décadas, donde, examinando las causas por las cuales pudiera creerse que tal cantidad de agua se pudiera juntar en un álveo, entre otras ponía que acaso el terreno es allí dilatadísimo del artico al antártico (*de Norte á Sur*), por lo que en el largo trecho resultarán muchos ríos que afluyan á éste, que los llevará al mar océano septentrional.

Así se ha comprobado, Padre Santo; veo que vaticiné en aquel pasaje. Desde aquellas costas septentrionales que ennoblece el curso del Marañón, donde dije que los rregulos se llaman chiacones, la tierra se extiende hacia el antártico hasta

el estrecho aquel ultraequinoccial (*de Magallanes*) cincuenta y cuatro grados; algunos rebajan dos, de lo cual se habló bastante en el discurso sobre la busca de las islas que crían los aromas. En las cercanías de aquel estrecho, el invierno tuvo encerrada por el frío á la armada de las cinco naves casi cinco meses, los de nuestro verano, como dijimos en su lugar, habiéndose venido el sol de ellos á nosotros.

Así deja de admirarse el tan portentoso río Marañón. Pues, así como allí es anchísimo el territorio, así en otras partes está contenido en angostos istmos. Pero particularmente, desde la colonia que se llama Nombre de Dios hasta la costa austral y el puerto de Panamá, median diecisiete leguas, pero por montes intransitables, por vastos riscos y bosques espesísimos, jamás tocados, inaccesibles. Aquellos lugares desiertos son habitados por leopardos, tigres, leones, osos, monos de muchas clases y otros monstruos.

3. De aquellos animales se refieren casos maravillosos. Dicen que los tigres así temen el encuentro de los viajeros como el de un perrillo; si encontraran á alguno solo, sin remedio ninguno se lo comerían haciéndolo mil pedazos. Se guardan principalmente de los tigres, que tienen por mucho más sañudos que los leones. Muchos valles de aquellas fertilísimas tierras, muchas laderas de aquellos montes, en las que sin eso brillarían populosas ciudades, están desiertas á causa de las crueles fieras.

Però acerca de los varios monos es un gusto lo que se cuenta, y peligroso. Por aquellos montes, que el gobernador Pedro Arias escribe que ha abierto ya caminos y los hace de día en día más transitables, partiendo las peñas en las rocas y quemando las selvas espesas, las guías de las monas cuando sienten andar algún pelotón de los nuestros, pues no ya solos, sino ni yendo pocos se atreverían, convocando la numerosa plebe de varias es-

pecies salen al encuentro, y con horribles chillidos, saltando de un árbol en otro, siguen á los nuestros por dondequiera que vayan. Hacen burla de ellos con gran chacota, particularmente las de rabo, y muchas veces aparentan querer acometer en pelotón á los nuestros. Sino que, cuando ya bajadas á los troncos de los árboles ven preparar las flechas ó las escopetas, que alguna vez han experimentado, y que les apuntan con ellas, más ligeras que el viento vuelven á trepar á las puntas de los árboles, y allí, lanzando rabiosas quejas, rechinan los dientes amenazando.

Cuentan que son tan diestras que saben eludir las flechas que se les disparan, y las cogen en la mano como si se las echaran y ellas las recibieran. Pero las balas de las escopetas no han aprendido á desviarlas : con ellas han matado á la mayor parte, acaso á las más jóvenes y no tan sagaces. Pero cuando ven caer herida alguna compañera de su rebaño, y que los nues-

tros la cogen del suelo, alborotan y llenan el espacio con tan estrepitosos alaridos que hacen más ruido que los rugidos de mil leones y el bramar de otros tantos tigres.

Pero hay una cosa que da gusto el oirla. Cada una de las monas, cuando ya subiéndose ha ganado el árbol, se lleva cuantas piedras puede agarrar con una mano, y algunas también en la boca, y desde allí pelean á pedradas con los transeuntes cuando los nuestros se paran para disparar las saetas ó las escopetas. Uno de nuestros flecheros templó su ballesta contra una mona vieja y con rabo, que era más grande que Melampo¹. La mona aparentó que esperaría; pero cuando ya vió que cerrando el ojo le apuntaban, tirándole una piedra al arquero le hirió fuertemente en la cara, y dice que le rompió los dientes. Sino que pronto el cercopiteco pagó su nueva estratagema, porque mientras la piedra caía so-

¹ Un perrazo que nombra Ovidio.

bre el flechero, la flecha subía hacia la mona; la mató y se la comieron ricamente. Sapos habrían comido, y algo peor si hay: tal hambre pasaban.

De brutos cuadrúpedos basta ya. Digamos algo de los que tienen dos pies. Pues aquella gente de dos pies es casi igual á los cuadrúpedos.





CAPITULO II

SUMARIO: 1. Los cocos.—2. Exploraciones en el mar austral.—3. Mar de fondo negro y sirenas.—4. Cocodrilos, madera incorruptible, libertad de los indios.

EN las fronteras de la colonia de Natám, hacia el Sur, hay un régulo poderoso y magnánimo, que se llama Urraco. El gobernador Pedro Arias no ha podido nunca determinarle á que se haga amigo. Dice que ha preparado aprestos militares para moverle guerra. Mas este régulo, confiado en su autoridad y poder, dicen que á los que le han enviado para tratar de paz les ha respondido con altivez, y tiene el atrevimiento de hacer entradas para devastar por fuerza de armas el te-

rritorio de los cristianos que habitan la colonia de Natám. Porque en aquellas tierras tienen muchas clases de dardos con que pelean de lejos, y anchas espadas de madera, tostadas, para pelear de cerca. También tienen arcos con flechas de punta de hueso ó chamuscadas.

Hay allí grandísima abundancia de fruta de cocos, de los cuales hice mención arriba, principalmente donde en la región austral el mar, en su flujo, baña anchas llanuras vecinas, entre las cuales cuentan de una, que, en el flujo, se riega un espacio de dos leguas, y con el reflujo se queda en seco. En esas partes dicen que nacen y crecen espontáneamente aquellos árboles (*los cocoteros*): en otras de modo ninguno si no los trasplantan de tiernos. Hay quien piensa que el flujo del mar lleva allí las semillas de aquellos árboles desde ignotas regiones. Dicen que de otras regiones de Indias, donde son nativas, han sido llevados á la Española y á Cuba, como alguna vez lo dije de los árbo-

les que crían la canela, y de las islas al continente, hasta llegar á aquellas partes del Sur.

Pero en las islas, por admirable designio de la naturaleza, nace otro árbol de hojas para escribir, que aún no sé si lo hay en el continente, fuera de aquel de que hice mención en las Décadas. En comparación de esta hoja, dista mucho aquélla: la describiré cuando se hable de las islas. Ahora volvamos á lo del creído continente.

2. Desde la colonia de Panamá del mar austral, con naves que allí construyeron, bajaron hacia el Occidente, tanto que les parece que han estado á espaldas del Yucatán. Gil González, Prefecto de esa armada, y sus compañeros, creen es prueba de eso el haberse encontrado con hombres vestidos del mismo modo, y que llevaban joyas de oro ó de plata en los labios perforados, como los que referí en la Década cuarta al Pontífice León, al hacer mención de las cosas de Yucatán y de los regalos que se trajeron.

Escriben que han encontrado á la derecha un mar tan bravo, que opinan habrá allí un estrecho, aún no descubierto, entre el continente y Yucatán; pero que no se atrevieron á meterse en él, porque las naves, con el largo tiempo de navegar por aquellas costas, estaban ya medio podridas y taladradas por los gusanos. Prometen volver cuando hayan reparado las naves.

3. A Arias le dijo Gil González, y lo confirmaron sus compañeros, que á unas cien leguas de la colonia de Panamá encontraron una anchura de mar de color negro, en donde nadaban peces del tamaño de los delfines, que cantaban con armonía, como cuentan de las sirenas, y que adormecen del mismo modo.

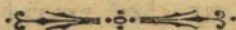
Aquí se maravillarán los hombres de ánimo estrecho, y dirán que eso es imposible: voy á decirlos dos palabras: ¿Por ventura no leemos que el mar Eritreo es rojo, de donde ha tomado este nombre? Sea ello por la naturaleza del agua,

sea por el reflejo de las arenas y piedras rojas de la costa, el mar aparece rojo. ¿Quién, pues, podrá quitarle á la naturaleza que críe arenas y piedras negras, que en alguna parte hagan que las aguas parezcan negras? Lo del canto también yo lo tengo por fábula, aunque lo cuentan hombres formales; mas para excusarles, ¿acaso no es sabido que hay tritones con voz, han sido oídos alguna vez, y fueron oídos y hallados muertos arrojados á la playa en la parte occidental de España? ¿No canta la rana debajo del agua? ¿Pues qué extraño será que se hallen también otros peces con voz, que nunca se hubiesen oído antes? Cada uno crea lo que le acomode: yo pienso que la naturaleza puede hacer cosas grandes.

Todos los ríos del creído continente están llenos de cocodrilos: en los ríos son dañinos; en tierra no, como son los del Nilo. Uno encontraron muerto de cuarenta y dos pies, y por el cuello siete de

ancho. El hijo de Pedro Arias, que ha venido de al lado de su padre, dice que ya se han encontrado los árboles de cuyas tablas, haciendo las naves, están inmunes de aquella peste de gusanos que las corroe. Dice también que su leña, llevada á las cocinas, apenas se puede encender por la suma humedad.

Pasemos ahora á lo ventajoso. Aquella tierra tiene muchas minas de oro; pero perdóneme Pedro Arias, perdónenme los demás que han logrado el oro con el sudor de los pobres indígenas. Lo que con asistencia de Vuestra Beatitud se intentó muchas veces en nuestro Consejo de las cosas de Indias, ahora se ha decretado: que los indios sean libres en todas partes, y que se empleen en cultivar los campos y en la enseñanza cristiana. Y si algunos, por la esperanza de conseguir alguna de nuestras cosas, se ofrecieren espontáneamente, sea lícito tenerlos á jornal. Del creído continente basta ya.





CAPITULO III

SUMARIO : 1. Fecundidad de la Española.—2. Papiros y granados.—3. Pimienta.

DIGAMOS algo de las islas. En la Española no se ha cambiado nada. Es el mismo el Senado de quien reciben las leyes todas aquellas regiones. De día en día prospera más todo lo que allí se cultiva. De caballos, cerdos y rebaños, hay multitud inmensa. Lo mismo pasa en las demás. Las terneras conciben á los diez meses de edad, conciben también las potras, y apenas han parido cuando ya desean y reciben el caballo. Viven contentándose con el pan de yuca y de maíz. Vino se les

lleva de Andalucía, aunque tienen viñas en la mayor parte de los lugares. Dicen que crecen admirablemente; pero tan frondosas, que gastan la fuerza en pámpanos y follaje, y poca en racimos, y que perecen á los pocos años de puestas. Del trigo cuentan lo mismo, que se hace como las cañas, y las espigas inmensamente grandes, pero que los granos fallan en su mayor parte antes de sazonar. De las demás cosas hay allí más abundancia que en ninguna parte. Las prensas de azúcar se aumentan todos los años.

2. Hablemos ahora del árbol que da el pergamino en ambas islas. Se parece mucho á la palma; sus hojas son tan grandes que, extendiendo una sobre la cabeza, defiende de la lluvia todo el cuerpo del hombre, como si se echara á la espalda una capota de lana. Esto es poca cosa, pero digamos lo admirable. Aquellas hojas, que están adheridas al árbol como la palma en el suyo, arrancando una de ellas desde su raíz, con que está unida al árbol

(pues fácilmente, cogiendo la hoja por la punta que cae, se arranca del árbol) en su costado interior, que comprende las membranas delgadas, se encuentra una película blanca, semejante á las albúminas del huevo; se desprende aquella piel como la de un carnero degollado, y se saca de su corteza la membrana entera : es no menor que la de un carnero ó una cabra, y de ellas se sirven todos como si tuvieran el mismo pergamino, y dicen que no es menos resistente.

De aquella membrana fina, con tijeras cortan tanto pedazo cuanto al presente necesitan escribir. Este árbol se llama yagua; su fruto se parece á la aceituna, engorda á los cerdos; para los hombres no es tan á propósito. De qué manera se aprovechan de otra hoja para escribir, que es diferente de esta película, bastante se explicó en su lugar.

Hay otro árbol que nace en las hendeduras de las piedras, no en buen suelo : se llama pythahaya, de fruto agridulce, del sabor que

advertimos en la manzana púnica, agridulce: se llama granada. Su fruto es de grande como la manzana, y colorado por dentro y por fuera. El árbol mameyo, de que hablamos en las Décadas, en las islas no es mayor que un melón pequeño, pero en el continente como uno grande; esta fruta cría solas tres pepitas mayores que una nuez para la conservación de la especie.

3. Digamos ahora un poco acerca de la pimienta de las islas y del continente. Tienen selvas llenas de frutales que crían pimienta: pimienta, digo, aunque no lo es, porque tiene la fortaleza y el aroma de la pimienta, ni vale menos que la pimienta aquel grano; ellos le llaman *haxí*, con acento en la final: es más alta que la adormidera. Se cogen sus granos como los del enebro ó el abeto, aunque no llegan á ser tan grandes. Hay dos especies de aquel grano, cinco dicen otros: la una es de larga como dedo y medio de hombre, más picante y aguda que la pimienta, y la otra

es redonda y no menor que la pimienta; pero ésta tiene la película, la pulpa y las pepitas, todas tres cosas con su cálida fortaleza. Otra tercera hay que no es acre, sino solamente aromática, que si la usáramos no necesitaríamos de la pimienta del Cáucaso: la llaman boniato dulce; á la acre la llaman caribe porque es áspera y fuerte: por eso llaman caribes á los caníbales, porque reconocen que son fuertes y ásperos.

Otro árbol hay en estas islas que se llama guchón, y el hombre que toca su rocío se inficiona cual si tomara veneno. Si alguno mira ese árbol de hito en hito, pierde la vista y se hincha como un hidrópico. Otros dos hay cuya madera y hojas, quemándolas, matan con solo el humo: el uno si encendiendo un poco de leño se lleva por la habitación; el otro envenena si se aspira por las narices el sahumero de la hoja.

Una iniquidad cruel me contó cierto sacerdote que navegó seis

veces todo aquel vasto derrotero del océano, desde el continente, Cuba y la Española, tres veces yendo y otras tres viniendo, el cual se llama Benito Martínez, hombre bastante dispuesto. Este es el primero que vino á Barcelona á dar cuenta del Yucatán y demás tierras comarcanas de allá.

Cuenta que cierto hombre llamado Madroño, del pueblo de Albacete, en la región Espartaria, tuvo á su cargo para recoger oro, según antigua costumbre, á un cacique con sus súbditos en el lugar de Santiago. En breve tiempo, de la mina que por suerte encontraron le recogió el régulo con sus cavadores á su amo temporero nueve mil castellanos de oro. En nuestro real Senado se mandó desde el principio que á cada uno de aquéllos, cuando se retirara del trabajo, se le hiciera algún donativo de cosas nuestras, como una montera, chaleco, camisa interior, sayo, espejo ó cosa así.

Pensaba el cacique que obten-

dría del amo un donativo de algún más valor por haber encontrado en poco tiempo tanta cantidad de oro. Madroño fué mezquino en dar menos que debiera, y el cacique se puso tan bilioso que, llamando adentro de la casa aquellos cavadores en número de noventa y cinco, les habló así: «Compañeros: ¿para qué queremos vivir más tiempo en semejante esclavitud? Hay que irse ya á las moradas perpetuas de nuestros antepasados. Examinad dónde descansaremos de estas calamidades intolerables que sufrimos bajo el poder de hombres ingratos. Os seguiré al punto.»

Dicho esto, tenía preparados manojos de las hojas que matan con el olor. Habiéndolos encendido, dió á cada uno su porción para que la sorbiera, y ellos le obedecieron. El cacique y un pariente suyo principal, hombre sagaz, tomaron el humo los últimos. El suelo del cobertizo estaba ya cubierto de cadáveres, y los dos vivos comenzaron á disputar sobre cuál se suicidaría prime-

ro; el cacique instaba que lo hiciera antes su compañero; éste dijo que lo haría después que él, pero no antes, y por fin lo hizo primero el cacique. Entonces el compañero, por el dulce amor á la vida, burlándose del cacique y de sus fatuos compañeros, no quiso seguirlos; y saliéndose de allí, avisó á los nuestros de lo que había pasado.





CAPITULO IV

SUMARIO : 1. Otros suicidios ocasionados por abusos criminales.—2. Gigantes en América.

DICE que casi aquellos mismos días ocurrió otro homicidio en la provincia llamada del Príncipe. Un pretor urbano, llamado Obando, tenía una muchacha, hija del cacique. El Pretor, aunque estaba preñada de él, sospechó que habría hecho algo fuera. No para matarla, sino únicamente por atemorizarla, sujetándola en dos asadores de madera la acercó al fuego y mandó que sus satélites le dieran vueltas. Aterrorizada la joven de la atrocidad de aquello y del nuevo género de tormento, se murió.

Su padre, el cacique, así que supo el caso, reunió consigo á treinta de los suyos, se fué á la casa del Pretor en ausencia de éste, y mató, sin dejar uno, á la esposa que había tomado después del crimen aquel, á las mujeres que la acompañaban y á los criados; después, cerrando la puerta de la casa y prendiéndola fuego, se quemó él con todos sus compañeros auxiliares, y la familia muerta del Pretor y todo lo que tenía.

De otra joven cuenta una cosa que espanta. Violada por un mozo de mulas, español, se fué á su casa, contó lo que le había pasado y dijo á sus padres que por ello quería quitarse la vida. No aprovechó el consolarla: tomó jugo de yuca, que crudo sirve de veneno y cocido de leche; el veneno no tuvo fuerza bastante para quitarle la vida, pero determinó matarse de cualquier manera. Al día siguiente dijo que iba á lavarse á un sitio del próximo río, pues tenía costumbre de lavarse dos veces al día. Allí encontró me-

dio cruel de vengarse. Dobló un pequeño árbol que había á la orilla del río, lo tronchó á la altura de su copa, y del mejor modo que pudo le sacó punta á la parte superior. Después, subiéndose á otro árbol próximo más alto, se clavó la punta del otro por donde había sido violada, y permaneció clavada cual cabrito que van á asar en el fuego de la cocina.

También otra joven, á los pocos días, resolvió dar fin á las molestias de la vida. Se llevó consigo de compañera á una criada de este sacerdote, de la edad de ella, y la persuadió fácilmente que, siguiendo su ejemplo, se marchara con ella á reunirse con sus antepasados, donde pasarían vida tranquila. Atando á las ramas de un árbol los ceñidores que llevaban puestos, y echándose un nudo al cuello, se tiraron del árbol, y así ahorcándose lograron sus deseos. De estas cosas cuentan muchas.

2. Quiero concluir esto con una relación gigantesca que, cual formidable Atlante puesto de pie, guar-

de la espalda á estas indicaciones. Diego Ordaz, arriba mencionado, recorrió muchos rincones de aquellas tierras y apaciguó á los caciques, en particular al de la provincia del árbol de la moneda (*el cacao*), donde aprendió cómo se cría y crece aquel árbol monedero, conforme lo expliqué en su lugar. En la bóveda de un templo encontró un pedazo de hueso del muslo de un gigante, raído y medio carcomido por la antigüedad. El licenciado Ayllón, jurisperito y uno de los senadores de la Española, llevó aquel muslo á la ciudad de Vitoria poco después que Vuestra Beatitud marchó de allí para Roma. Yo lo tuve en casa algunos días: tiene de largo cinco palmos desde el nudo del anca hasta el de la rodilla, y de recio en proporción. Después de esto, los que Cortés envió á las montañas del Sur volvieron diciendo que habían encontrado una región habitada por hombres de esos, y en prueba de ello dicen que trajeron muchas costillas de los muertos.

Tocante á las demás cosas que pasan entre nosotros, Vuestra Beatitud lo sabe con frecuencia por los amanuenses del César. A mí no se me puede exigir nada de lo que agita los ánimos calamitosos de los príncipes cristianos, envueltos en enemistades á beneficio de los mahometanos.

Conque páselo muy bien Vuestra Beatitud, á cuyos pies postrado le rindo humildísimo vasallaje.





LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Noticias que trae Ribera, secretario de Hernán Cortés.—2. Etimologías.—3. Méjico después de sitio y la toma.—4. El arrastre de grandes vigas.

AL modo que cortándole cabezas á la hidra se septuplican, así á mí, cuando acabo una narración, se me vienen otras. Pensaba yo haber cerrado ya la puerta á los asuntos de Méjico, cuando he aquí que, llegando otro enviado, me veo precisado á abrirla de nuevo.

En una de las dos naves que traían los regalos desde las Casitérides ha venido un familiar ama-

nuense de Cortés, que se llama Juan Ribera, quedándose la otra nave, por temor á los piratas franceses, esperando á las naves auxiliares con el tesoro, del cual, á más del quinto correspondiente al Real Fisco, Cortés voluntariamente da una parte de las riquezas adquiridas con su trabajo, y otra sus principales compañeros de armas. Este Juan Ribera trae orden de entregar al César, en nombre de su amo, Cortés, los regalos por éste designados. En nombre de los demás traen los suyos; aquellos dos que arriba dijimos se habían quedado en las Casitérides con las naves.

Este Ribera posee el idioma de Méjico, y en todo el tiempo de la guerra no se ha hecho cosa en que no haya tomado parte él, siempre al lado de su amo, quien envió á éste muchos días después de haber marchado sus compañeros. Por eso nos puede dar razón más clara de todo.

2. Preguntándole primero acerca del origen y etimología del nom-

bre de la ciudad Tenustitana, y luego de su ruina y estado actual, y con qué fuerzas sostiene Cortés la situación, y de otras muchas cosas semejantes, dice que la ciudad fué construída en medio de aquella laguna salada sobre un escollo que allí había, como se lee de la ilustrísima ciudad de Venecia, construída asimismo en una prominencia que vieron en aquella parte del golfo adriático para defenderse de las incursiones de los enemigos. El nombre dice que se compone de tres vocablos concisos. A una cosa que parezca divina, le llaman *ten*; al fruto, *nucil*¹, y *titán* llaman á lo que está en el agua. Lo mismo es *tenustitán*, que «fruto divino puesto en el agua», porque encontraron en aquella roca un árbol nativo cargado de fruta suave y muy buena de comer, mayor que nuestras manzanas, que dió á los primeros que la encontraron la deseada comida; por lo cual, en prueba de gratitud

¹ Parece que deberá ser *nus* ó *nust*.

llevan tejido en las banderas el árbol aquel, que se parece á nuestra morera, aunque tiene las hojas mucho más verdes.

También los tescaltecas tienen en sus banderas dos manos juntas amasando comida, porque se jactan de tener campos más feraces de cereales que los demás comarcanos, y por eso le pusieron el nombre á su ciudad: pues *tescal* en su lengua se llama la comida de pan, y *teca* es señora, y así es *señora del pan*.

Lo mismo pasa con los montecillos, que los nuestros llaman volcanes; digo de el monte aquel que vomita humo. En los pendones de guerra llevan un monte humeante, y á ese monte le llaman Popocatepech; porque *popaca* significa humo, y *tepech* monte. Vecino de éste, un poco separado al Oriente, hay otro monte cubierto de nieve todo el año, y además otros cargados de nieves por la mucha altura. También otro monte se llama Cachtepech, lleno de conejos, porque *cachu* significa conejo, y de ahí

monte de los conejos. La casa de la religión es *teucalc*: de *teu*, que es Dios, y *calc*, casa. Así definen todas las cosas, por el efecto. Alguna vez investigaremos esto más diligentemente.

3. Tocante á la ruina, dijo que la ciudad, en su mayor parte, había sido arruinada, ya á hierro, ya á fuego, y que de los principales quedaron pocos. Dice que la están rehaciendo toda maravillosamente si por alguna parte se quedó oculto de los furiosos combates algún pago ó calle, y principalmente los palacios reales, de los cuales el principal, donde vivía Motezuma, cuentan todos que es tan vasto que sin un guía allí nacido y criado nadie, una vez entrado, encontrará el camino para salir, como se lee de las revueltas del fabuloso laberinto de Minos. Dice que Cortés va á establecer allí su morada, y que por eso cuida de que se repare lo primero. Pero las casas de recreo donde antes mencioné que había encerrados varios géneros de cuadrú-

pedos, fieras y aves diversas, dice que están edificadas dentro de la ciudad, y sobre el agua misma con amenos jardines, no en el continente, como otros habían dicho. Cuenta muchas cosas de los alaridos quejumbrosos de los leones, tigres, osos y lobos cuando se quemaban con las mismas casas, y del saqueo lamentable de todo aquello. Tarde se reconstruirán aquellas casas: eran todas de piedra desde los cimientos, rodeadas de pinos y arregladas á modo de castillo.

Pero las casas del pueblo son también de piedra hasta la cintura de un hombre, á causa de las crecidas de la laguna por el flujo ó por los aluviones de los ríos que en ella desaguan. Sobre aquellos grandes cimientos construyen el resto de la fábrica con ladrillo, ya cocido, ya secado al sol en verano, entremezclando vigas. Todas las casas tienen solo un piso. En el suelo hacen poca morada por la humedad: los tejados no los cubren con tejas, sino con cierto betún de tierra; para to-

mar el sol es más cómoda aquella forma, pero debe creerse que se estropea más pronto.

4. Mas digamos cómo traen las grandes vigas y cuarterones que necesitan para edificar la casa. Las laderas de aquellos montes están llenas de árboles cidros, de los cuales los voluptuosos romanos, después que de la continencia pasaron al lujo, hacían las mesas y el armazón de las camas, porque el cidro preserva perpetuamente de polilla y caries todo lo que se entabla con él, y las tablas de ese árbol estan pintadas naturalmente de varios colores. En los mismos bosques hay pinares mezclados con los cidronales. Con sus segures de latón y sus azuelas ingeniosamente templadas derriban y labran los árboles, quitándoles los garranchos para arrastrarlos con más facilidad. No les faltan hierbas con las cuales, á falta de esparto y cáñamo, arreglan cuerdas, sogas y maromas. Taladrando la viga por una cara, meten la soga; después

ponen á tirar á los esclavos cual yuntas de bueyes, y por fin, metiendo debajo, en vez de ruedas, troncos redondos, ya sea cuesta arriba, ya se haya de arrastrar la mole cuesta abajo, hácenlo las cervices de los esclavos, dirigiendo el trabajo los carpinteros. Todos los materiales de construcción, y demás cosas acomodadas al uso de los hombres, los obtienen del mismo modo, no teniendo, como no tienen, bueyes, ni asnos, ni cuadrúpedo alguno de carga.

De las vigas se cuentan cosas increíbles, y yo no me atrevería á referirlas á no ser que hombres de autoridad, y muchos obligados por nosotros en el Senado, hubieran asegurado que midieron varias, y que vieron y contemplaron en la ciudad de Tezcucó una que sostenía casi todo el palacio y tenía ciento veinte pies de larga; y labrada en forma octágona, era más gruesa que un buey grande, y no lo contradice nadie. De aquí se puede colegir lo industriosos que son.



CAPITULO II

SUMARIO: 1. La escasa tropa de Cortés.—2. Los ricos dones que envía.—3. La industria que revelan.—4. Los vestidos mejicanos.

PROCANTE á la moneda llamada *cacao*, y á las fuerzas de Cortés para sostener tan vasto imperio, dice que ni se ha cambiado la moneda ni conviene que se cambie. Y que las fuerzas de Cortés consisten en cuarenta bombardas, doscientos jinetes y mil trescientos de á pie: de los cuales doscientos cincuenta quiere que estén listos para manejar los trece bergantines con su jefe señalado, que de día y de noche van dando vueltas por la laguna. De los otros se sirve para recorrer nuevas tie-

rras: han reconocido la mayor parte de los montes que median entre la planicie tenustitana y el Sur, encontrando que son muy prolongados de Oriente á Occidente.

Los que las han pisado dicen que anduvieron quinientas leguas. Cuentan que tienen muy buenas provisiones, y son amenos y con excelentes ciudades. De aquellos montes y de los diferentes ríos que riegan los campos tenustitanos, este Juan Ribera trae muchas muestras de oro como lentejas y guisantes y varias perlas de la región austral, pero encontradas en poder de Motezuma y de sus regalados próceres ú otros enemigos en los despojos de las batallas.

2. Teniendo yo en mi casa á este Ribera, el reverendo protonotario Caracciolo, legado de Vuestra Beatitude, con el embajador de Venecia, Contarino, y el joven Tomás Maino, viceduque de Milán, nieto del gran Jason Maino, vinieron á mi casa por el anhelo de oír y ver cosas nuevas. Les causó admira-

ción, no la abundancia de oro ni el que sea tan puro desde su origen (pues lo es tanto que sin hacerle nada se pueden acuñar con él ducados de oro). Principalmente admiraron el número y la forma de los vasos llenos de oro, que los traía diferentes de las diversas naciones que los enviaban cual tributo; y para prueba de que se coge aquel oro en su tierra, en cada vaso ó cajita estaban las armas de cada región, que pesaban ocho, nueve ó diez dracmas de oro cada una. Nos lo enseñaron como correspondía á un hombre de los que tomaron parte en las cosas, pues el propio Ribera es dueño de todas las cosas que nos enseñó.

Pero lo que trae la nave detenida es un caudal muy grande que se le ha de entregar al César. El oro fundido y hecho barras sube á la suma de treinta y dos mil ducados; pero lo que se podrá sacar de los anillos, joyas, escudos, yelmos y otros objetos que traen, si se tasara, dice que asciende á ciento

cincuenta mil ducados. Pero corre por ahí no sé qué rumor de que los piratas franceses han olido ya esas naves. Dios nos saque con bien.

Vamos á las cosas particulares de este Ribera, que son pequeñas muestras de lo que ha de venir. Nos ha enseñado perlas nada inferiores á las que la humana molicie llama orientales: muchas de ellas tienen más tamaño que una avellana grande; pero la mayor parte no están bastante blancas, porque las sacan asando las conchas que las crían; mas algunas vimos limpias.

3. Eso es poco: fué una hermosura ver la variedad de joyas y anillos: no hay cuadrúpedo, ni ave, ni pez que una vez hayan visto sus artífices, que no saquen al vivo la imagen: nos parecía que veíamos vivas las caras, vasillos pendientes de las orejas, collares, brazaletes, todo de oro, que nos causaba maravilla, en lo cual el trabajo aventajaba con mucho á la materia; penachos, cimeras, escudos y yelmos, labrados á trozos con tal arte y con

puntas tan menudas, que de puro delgadas engañaban la vista. En particular nos gustó la hermosura de dos espejos: el uno estaba rodeado de medio globo de oro: tenía de circunferencia un palmo, y estaba incrustado en madera de color verde; el otro no era tan grande.

Dice este Ribera que en aquella tierra el arte lapidario es tal que con el bruñido se pueden hacer excelentes espejos: todos confesaron que ninguno de los nuestros presenta más natural la cara del hombre. Vimos una careta muy lindamente formada: en su parte interior es de tablilla ensamblada, y encima tiene piedrecillas menudísimas, unidas con tales junturas que la uña no las advierte; y mirándola con los ojos muy claros parece una sola piedra, de la materia que hemos dicho se hacen los espejos, y con las orejas de oro; cruzan la cara dos fajas verdes de esmeralda desde ambas sienes, y otras dos azafranadas: entreabierta la boca, se ven los dientes de hueso, dos de

los cuales, en ambas mejillas, bajan á la barba saliendo fuera de los labios. Esas caretas se las ponen á sus dioses en la cara cuando el príncipe está malo, y no se las quitan hasta que, ó se pone bueno, ó se muere.

4. Después sacó de una caja grande varios vestidos : para todos tienen sólo tres materias, la primera de algodón, después de plumas de aves, y la tercera la componen con vello de conejo. Ponen de adorno las plumas entre el vello de conejo, y las urden entre los estambres de algodón, y lo tejen con tanto trabajo que no llegamos á entender bién cómo lo hacen. Del algodón no es maravilla: como nosotros urdimos y tejemos las telas de lino, lana ó seda, asimismo ellos las de algodón.

Pero la forma de los vestidos es cosa de risa. Los llaman vestidos porque se cubren con ellos, pero no tienen semejanza alguna con ninguna clase de vestimenta. Es sólo un velo cuadrado, muy parecido al

que en mi presencia se ponía alguna vez Vuestra Beatitud en los hombros, al peinarse la cabeza, para preservar los vestidos de que les cayera de la cabeza algún pelo ú otra suciedad. Aquel velo se lo echan al cuello; después, anudándose á la garganta dos de las cuatro puntas del velo, lo dejan caer, y apenas les cubre el cuerpo hasta las piernas.

Cuando vi estos vestidos, cesé de admirarme de que Motezuma enviara á Cortés tal número de vestidos, como arriba mencioné, pues tienen poco que hacer y poco espacio ocupan aunque sean muchos. Tienen también calzoncillos, de los cuales, para elegancia, penden ingeridas plumas de varios colores hasta la rodilla.

Muchos usan calzoncillos, en su mayor parte de plumas : en las hebras de algodón meten plumas y pelo de conejo muy hábilmente en todas las cosas, y de ello hacen sus vestidos de invierno y las colchas para la noche. Por lo demás, van

desnudos, y como no haga frío lle-
van siempre fuera uno de los bra-
zos. Por eso todos son de color algo
moreno; pero, aunque alguna vez
sientan frío, en aquella tierra ne-
cesariamente tiene que hacer poco,
supuesto que, según dicen, aquella
planicie está distante del polo ár-
tico entre el grado diecinueve y
el veintidós.





CAPITULO III

SUMARIO: 1. Mapas indios.—2. Reserva prudente sobre creer en islas de perlas y especiería.—3. Razones en pro.

HE advertido una cosa que está dibujada en los mapas, que ha traído varios. Por el Norte hay unos montes algo distantes, separados unos de otros por valles feracísimos, por cuyas gargantas entran en aquella planicie con gran fuerza los vientos septentrionales, y por eso el costado Norte de la ciudad Tenustitana está defendido con anchos parapetos de vigas enclavadas y de grandes piedras, para que la ciudad esté al abrigo de los impetuosos torbellinos. Lo mismo vi yo

en Venecia inventado para contener el furor del mar Adriático, y que no quebrante las casas. Los venecianos, á aquella muralla de la orilla la llaman vulgarmente *el lío*. Por el Mediodía, al revés, hay montes contiguos tan altos que los vientos del Sur no pueden soplar en la llanura para darle calor. Además vienen del cielo vientos boreales, y desde lo alto soplan más que no los del Sur, que suben de abajo arriba, y la llanura aquella tiene también, no lejos, montañas de nieves perpetuas y de fuego.

Entre los mapas de aquellas tierras hemos examinado uno que tiene de largo treinta pies, de ancho pocos menos, tejido de algodón blanco, en el cual estaba escrita con extensión toda la llanura con las provincias, tanto las amigas de Motezuma como las enemigas. Están asimismo los vastos montes que por todos lados rodean el llano, y están figuradas las costas meridionales, de cuyos habitantes dicen haber oído que están cerca las islas

en donde dijimos arriba que se crían las aromas y oro y perlas en abundancia. Aquí, Padre Santo, hemos de hacer una pequeña digresión.

2. Cuando se leyó este punto entre nosotros, la mayor parte fruncieron el ceño y lo tuvieron por fábula, porque las cartas hablaban de futuro contingente, como ha sucedido en muchas cosas que se sabían por relación de los bárbaros, hasta que se han puesto en claro. Y ciertamente, no les faltaba razón para dudar, con el ejemplo de tres cosas que han ocurrido en nuestro creído continente no conformes con las primeras afirmaciones, de las cuales hice mención en las primeras Décadas, aunque siempre dejándolas en duda.

Dije que el hijo mayor entre los siete de Comogro increpó á los españoles porque hacían tanta estima del oro, y se ofreció á mostrarles abundancia que los saciara con tal que hicieran ir buen golpe de gente armada, con la cual se atrevieran

á cruzar las montañas que les mostraba, y que las ocupaban caciques belicosos y defensores animosos de su derecho, porque los costados meridionales de aquellas montañas tocaban otro mar hacia el antártico, y los habitantes de aquellas laderas eran riquísimos. Cruzaron las montañas, pasearon el mar austral y conocieron que los haberes de aquellos caciques eran mucho menos de lo que la fama pregonaba. Lo mismo sucedió con el río Dabai-ba, de que también se habló allí con extensión. Las cuales dos cosas, puestas en conocimiento del Rey Católico, lo determinaron á enviar á Pedro Arias con mil doscientos soldados al matadero; pues han muerto casi todos con escasa utilidad, como en otra parte lo he dicho con bastante latitud.

Lo tercero que los retrae de creer lo que se cuenta, no va fuera de razón. Todos los habitantes de aquellas tierras, para alejar de sus fronteras á los nuestros, escudriñaban qué era lo que deseaban, y

cuando entendían que buscaban oro ó qué comer, señalaban lugares lejanos, y haciendo muchas ponderaciones afirmaban que hallarían mejor que entre ellos mucho mayor abundancia de ciertas cosas en poder de algunos caciques, y los nombraban; y cuando fueron á los caciques nombrados, conocieron que les habían engañado. Luego no sin razón indican que lo mismo puede suceder con estas cosas que se cuentan de lejos.

Pero examinando yo este caso en gracia de un varón tan distinguido, creo encontrar razones probables y persuasivas. En presencia del gran canciller Mercurino de Gatinara, del comendador mayor Fernando de Vega, del doctor señor de la Roca, belga, querido del César é hijo del gran canciller Felipe, y del gran tesorero el licenciado Vargas, admitido en el Senado de las cosas de Indias después que marchó Vuestra Beatitud, expuse estas razones.

A mí me daría vergüenza de con-

tar esto entre los portentos y cosas difíciles de la naturaleza. Las islas Malucas que crían los aromas, están en parte bajo el equinoccio, en parte próximas á él, como arriba lo mencioné; ocupan exiguo espacio de la tierra; en comparación de todo el resto; y como el círculo equinoccial da vuelta á todo el orbe, ¿quién quita que en otras partes, lo mismo que allí, se puedan encontrar con clima igualmente benigno otras tierras, á las cuales la fuerza del sol les comunique aquella virtud aromática, y la divina Providencia haya querido tenerlas ocultas hasta estos nuestros tiempos, como vemos que lo ha estado hasta ahora esta inmensidad del océano y de aquellas regiones terrestres. Las costas australes de Tenustitán apenas distan doce grados del equinoccio. ¿Qué extraño será, pues, que así como vemos al presente descubierto lo que antes estaba como sumergido, suceda ahora otro tanto para aumentar la felicidad de nuestro César, discípulo-

lo de Vuestra Beatitud? Lo mismo digo á los que sólo quieren creer lo que ellos alcancen con las fuerzas de su ingenio en nombre de Vuestra Beatitud, que siempre ha sido investigador sagacísimo, no sólo de los arcanos de la madre naturaleza, sino también de los divinos.

Otro argumento me hace también fuerza. Cortés, que ha llevado á cabo tan grandes cosas, no sería tan mentecato que á ojos cerrados hubiera tomado á su cargo semejante empresa en el mar austral, como la que sabemos ha tomado de construir á su costa cuatro naves para explorar aquellas tierras si no hubiese sabido algo cierto, ó por lo menos verosímil. Basta ya.





CAPITULO IV

SUMARIO: 1. Indios salvajes. — 2. Parodia de los usos guerreros de Méjico. — 3. Id. de los homenajes al rey. — 4. La embriaguez santificada.

VOLVAMOS á su familiar Ribera. En aquellas montañas dice, según la relación de los naturales, que hay hombres salvajes, greñudos como los osos peludos de nuestras montañas, y que pasan con los frutos espontáneos de la naturaleza y con la caza. Después del mapa más grande, vimos otro poco menor, que no nos excitaba menos interés. Comprendía la misma ciudad de Méjico, con sus templos y puentes y lagunas, pintado por mano de los indígenas.

2. Después de esto, estando nosotros sentados en un terrado descubierto, hizo salir de mi dormitorio, con sus aprestos guerreros, á un muchacho indígena que él se trajo de criado.

Llevaba en la mano derecha una espada de madera, sencilla, sin las piedrecitas que ellos acostumbra, pues hacen una hendedura en ambos filos de la espada, y llenan la ranura de piedrecitas agudas con un betún muy fuerte, de modo que en la lucha casi se igualan con nuestras espadas en el cortar. Las piececitas son de aquella piedra de que hacen las navajas que otra vez dije. Levantó el escudo, hecho á estilo de ellos. Está tejido de mimbres muy resistentes con oro sobrepuesto, y de su media circunferencia inferior cuelgan fimbrias volantes de pluma entretejidas para adorno, y más de un palmo de largas. Así como la parte interior estaba encubierta con piel de tigre, por fuera tenía el centro de oro en campo de plu-

mas de varios colores, poco diferente de nuestra seda velluda (*terciopelo*).

Salió el muchacho armado con su espada y cubierto de ceñido vestido de pluma, amarillo y rojo, con calzoncillos de algodón; entre los muslos le colgaba un pañito, llevando prendidas con aquel vestido las caligas, como si uno se quitara el jubón sin desatar las cintas de las calzas; y con sus chinelas muy bien puestas, hizo el mancebo un simulacro de pelear; tan pronto echándose sobre los enemigos, tan pronto huyendo de ellos.

Por fin aparentó que en la lucha había cogido á otro joven, ataviado para lo mismo y consiervo suyo; del modo que ellos suelen agarrar á los prisioneros de guerra, cogiéndole del pelo, lo arrastraba para llevarlo á inmolar, y tendido en el suelo, parecía que primero le metía el cuchillo por las costillas, donde está el corazón, y después, arrancado el corazón, fingía exprimir con ambas manos la sangre de jun-

to al corazón, y con ella, salpicándola, mojaba la espada y el escudo (eso dicen que acostumbran hacer con los enemigos que cogen), y encendiendo fuego por el frotamiento de dos maderas á propósito (el fuego tiene que ser recientemente sacado por doncellas), quemó el corazón, cuyo humo creen que es grato á sus dioses patronos de la guerra. El resto del cuerpo lo parten miembro por miembro, como lo mostraba con sus gestos el muchacho, dejando íntegro el vientre con lo de atrás para que no se escurra la inmundicia. Pero la cabeza del enemigo inmolado, quitándole la carne y engastándola en oro, se la reserva por trofeo el mismo que le mató, y se hace fabricar tantas cabecitas de oro con la boca abierta cuantos enemigos se prueba que ha muerto é inmolado, y las lleva pendientes del cuello: se opina que se comen los miembros.

Dice este Ribera que llegó á saber que todos los principales de

Motezuma solían asimismo comer carne humana, y por esto sospecha que también Motezuma, aunque siempre se recató de ellos para hacerlo después que manifestaron qué cosa tan fea y tan desagradable á Dios es matar á los hombres, y mucho más comérselos.

3. Después que el muchacho concluyó de parodiar sus ceremonias sagradas; entretanto que majábamos á Ribera preguntándole sobre las costumbres y la extensión de aquellos territorios, introduciendo al muchacho en la alcoba lo vistieron de fiesta. Salió vestido de otra manera. Con un juguete (*jocali?*) de oro en la mano izquierda, adornado de mil maneras; sacó en la mano derecha una sarta de cascabeles haciéndoles sonar, y levantando un poco el juguete, volteándolo y luego bajándolo, cantando á estilo de su patria, danzaba por por todo el entarimado en que estábamos mirándole sentados.

Daba gusto ver cómo, acercándose al de más respeto (*represen-*

taba la manera con que) saludan á los reyes presentándoles dones; con voz temblorosa, con la vista baja, sin alzarla nunca para mirarle la cara al rey, le saluda al acercarse, y postrado el cuerpo le habla á este tenor. Le llama rey de reyes, señor de los cielos y de la tierra; en nombre de su ciudad ó de su pueblo le ofrece un obsequio; le dice que escoja el que más le agrade entre dos, ó que le hagan alguna casa trayendo las piedras, vigas y cuartones, ó que le cultiven los campos; dicen que son esclavos del rey; explican que por su causa han sufrido de parte de sus enemigos perjuicios inmensos, pero que han recibido con gozo todos los daños por serles obedientes y leales, y aquí muchas necedades.

4. Por tercera vez, cuando estábamos engolfados en la conversación con Ribera, salió de la alcoba el muchacho haciendo el borracho. Jamás hemos visto espectáculo más parecido al del ebrio. Cuando piensan alcanzar de los dioses algo que

desean, dice que se reúnen dos mil y tres mil, y se hartan del jugo de cierta hierba que embriaga, agarrándose á las paredes para sostenerse, y preguntando á los que encuentran por dónde se va á su propia casa, cuándo escupiendo, cuándo vomitando, y las más veces cayéndose. Basta acerca del muchacho.

Ribera dice que ha oído no sé qué acerca de una región habitada sólo por mujeres en las montañas aquellas que dan al Norte; pero no se sabe nada de cierto. Dicen que es prueba para que se crea el que la región se llama Iguatlan, porque en la lengua de ellos *iguat* significa mujer, y *lan* es señor; por eso piensan que es *región de mujeres*.





CAPITULO V

SUMARIO: 1. Los juegos de los mejicanos: la pelota.—2. El alumbrado.—3. El matrimonio: cuentas, libros.—4. Fin-
cas devastadas.—5. Comestibles.—6. Cambio de re-
ligión.

MIENTRAS preparaban al mu-
chacho para diferentes es-
pectáculos, entre otras
pruebas del poder de Motezuma,
(*nos dijo*) que tenía un sinnúmero
de intérpretes y embajadores que
en nombre de sus señores honraban
su corte (*estándose en ella*) de asien-
to, así como entre nosotros los con-
des, marqueses y duques hacen
homenaje al César.

Aunque es cosa de juego, no va
fuera del asunto decir los juegos
que usan. Sabida cosa es que tie-
nen los cubiletes de los dados con

las casillas tejidas en las colchas; pero el juego de la pelota se tiene por el principal entre ellos y en nuestras islas. Las pelotas son del jugo de cierta hierba que trepa por los árboles como el lúpulo por los setos; cuecen el jugo, se endurece cociéndolo y se hace una masa, y frotándola forma cada uno la pelota á su gusto; otros dicen que haciéndolas de las raíces de aquellas hierbas son pesadas; pero no sé cómo en el suelo toman viento para que, dándoles un pequeño golpe, salten hasta las estrellas, dando un bote increíble.

Son sumamente diestros en ese juego: le dan á la pelota con los hombros, los codos, la cabeza, con la mano raras veces; alguna vez con las nalgas, volviendo la espalda mientras el contrario saca, pues juegan desnudos como los luchadores.

2. En vez de antorchas ó candelas queman la medula del pino (*tea*), y no tienen otro sebo ó enjundia ni aceite, ni empleaban en eso la

cera hasta que los nuestros fueron allá, y eso que tienen cera y miel. En los palacios de los reyes y de los próceres conservan, ardiendo toda la noche, tres luces con astillas de pino, habiendo criados designados por turno para eso, que, echando continuamente leña al fuego sobre el candelabro hecho de latón, mantengan la luz. Hay un candelabro en el vestíbulo del atrio, otro en la pieza principal donde los sirvientes se pasean esperando órdenes, y el tercero dentro de la habitación del príncipe. Si hay que ir en particular á alguna parte, cada uno lleva en la mano su tea, como entre nosotros la candela. Sin embargo, en las islas, para fomento de la luz, emplean la enjundia de tortuga como nosotros el sebo.

3. Los del pueblo dice que tienen sólo una mujer; pero los príncipes pueden tener cada uno concubinas á su arbitrio. También dice que solamente los príncipes se acuestan en camas, pero los demás en esteras ó tapetes de algodón, que tien-

den en el suelo, contentándose nada más con ciertas mantas de algodón, de las cuales ponen debajo la mitad y se cubren con la otra media. De estas mantas nos enseñó muchas Ribera.

No tienen más que número y medida: el peso lo desconocen. Afirmé en otra ocasión que tienen libros, de los cuales trajeron muchos; pero este Ribera dice que no los hacen para leer, sino que únicamente aquellos caracteres que llevan varias imágenes son muestrarios de las cosas, de los cuales los artífices toman modelos para formar joyas, ó colchas y vestidos, y adornarlas con aquellas figuras, como en España veo á cada paso que las costureras y las que en telas de seda bordan lazos, rosas, flores, y muchas clases de figuras que deleita verlas, tienen consigo en unos lienzos especiales figuras de todas aquellas labores, y guiándose por ellas enseñan á las chiquillas sus discípulas. En esta diversidad (*de informes*) no sé á qué atenerme. Yo

creo que son libros, y que aquellos caracteres é imágenes significan alguna otra cosa, habiendo visto en los obeliscos de Roma cosas así que se toman por letras, y leyendo, como leemos, que los caldeos tenían esa manera de escribir.

4. Recuerdo haber escrito arriba que Motezuma, á sesenta leguas de su corte, á petición de Cortés, le construyó cerca del mar, por medio de sus arquitectos, un palacio, donde hizo plantar dos mil árboles de moneda (*cacao*), y sembrar muchas heminas ¹ de grano de maíz, y mandó echar aves y patos y pavos del país, con otras tres casas para servicio del palacio. Cuando los nuestros fueron echados de la ciudad, los bárbaros colindantes (*con aquellos edificios*) mataron á los españoles que allí habían quedado, y lo pillaron todo.

5. Tocante á los comestibles que proporcionan las lagunas, la salada y la potable, refiere que el pes-

¹ Medida equivalente á un tercio de fanega.

cado de la salada es más pequeño y menos sabroso, y que, cuando en el flujo pasa á la dulce el agua de la salada, los peces que se han criado en ésta retroceden huyendo del gusto del agua dulce hasta que vuelve el reflujo de la suya. Por el contrario, así que los peces del agua dulce comienzan á gustar la salada, se retiran del mismo modo.

6. Preguntándole qué se hace de los antiguos ritos, y cómo reciben el tan repentino cambio de sus cosas sagradas, dice que todos los simulacros de los que han sido vencidos por fuerza de armas han sido destruídos y se han prohibido los sacrificios humanos, y que á los que son amigos se les ha dejado persuadidos de que no maten hombres si desean tener propicio al Criador de los cielos. Pero le ha parecido (*á Cortés*) que no es tiempo de obligarles á cambiar de repente las costumbres que sus mayores les imbuyeron; le parece que ha hecho bastante con que ni los tescaltecanos, ni los guazucingos,

ni otros cualesquier amigos, se atrevan públicamente á hacer en lo sucesivo aquella degollina; si del todo se abstendrán de hacerlo en secreto, dice que lo duda. Es de esperar que poco á poco abolirá las antiguas ceremonias.

Pide sacerdotes: reclama también campanas y ornamentos. Todo se enviará, y muchos centenares y millares de pueblos nuevos se humillarán ante el trono de Vuestra Beatitud.

FIN DEL TOMO TERCERO



INDICE

DÉCADA CUARTA

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN.....	5
LIBRO PRIMERO	
CAPÍTULO ÚNICO.—Sumario: Descubrimiento de Yucatán.....	9
LIBRO II	
CAPÍTULO ÚNICO.— Sumario: 1. Buen recibimiento en Campeche.—2. Cruel perfidia del cacique de Aguanil.....	15
LIBRO III	
CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Expedición de Grijalba á Cozumela. — 2. Mal recibidos en Campeche.....	21
CAP. II.—Sumario: 1. Hacia la desembocadura del río Grijalba.—2. Oro abundante.....	27
LIBRO IV	
CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Sacrificios de víctimas humanas.—2. Isla de amazonas.—3. Industria.—4. Costumbres.....	31
CAP. II.—Sumario: Prosigue Grijalba el costeo de Nueva España.....	37
LIBRO V	
CAPÍTULO ÚNICO.—Sumario: 1. Desordenada expedición á las islas Guanajas.—2. Consecuencias del desorden.—3. Industria.....	43

LIBRO VI

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Hernán Cortés sale para Cozumela.—2. Niños que allí se inmolaban.—3. Abolición de tales sacrificios.....	51
CAP. II.— Sumario: 1. Jerónimo Aguilar libertado del cautiverio.—2. Desdichada historia de Valdivia.—3. La madre de Aguilar.....	57

LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Prosigue Cortés su expedición.—2. Batalla de Tabasco.—3. Paz subsiguiente.....	63
CAP. II.— Sumario: Cortés hace explorar las costas mejicanas.—2. Presentes de Motezuma.—3. Determinan fundar una colonia.—4. Usos y otras noticias de los naturales.....	72

LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Libros y escritura de los mejicanos.—2. Su cronología.....	79
CAP. II.— Sumario: 1. Sacrificios humanos en Méjico.—2. Y antropófagos.—3. Misterioso bautismo..	83

LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: Muestras de maravillosa industria mejicana.....	87
CAP. II.— Sumario: Si faltó Hernán Cortés á la disciplina respecto del gobernador de Cuba.....	93
CAP. III.— Sumario: 1. Colonia de Santa María la Antigua en el Darién.—2. Pedro Arias, Gobernador.—3. Disensiones con Vasco Núñez de Balboa y dolorosa ejecución de éste.—4. Destitución del envidioso tirano Pedro Arias.....	96

LIBRO X

CAPÍTULO ÚNICO.— Sumario: 1. Desastres de los españoles en el Darién.—2. Despoblación de la Española.—3. Libertad de los indios—4. Fertilidad.	101
--	-----

DÉCADA QUINTA.—LIBRO PRIMERO

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Dedicatoria. — 2. Motezuma.—3. Pasa Cortés á Cempoal.—4. Vic- torias increíbles.....	107
CAP. II.—Sumario: 1. Cortés sumerge las naves, y por qué.—2. Prosigue hacia lo interior de Mé- jico.—3. Garay en la Florida.—4. Cortés funda á Almería.....	115
CAP. III.—Sumario: Prosigue Cortés su marcha ha- cia Méjico.....	122
CAP. IV.—Sumario: 1. Los tlascaltecas.—2. Calza- da notable.—3. Opuestos consejos de amigos y enemigos de Motezuma.—4. Entra Cortés por tie- rras tlascaltecas.....	127
CAP. V.—Sumario: 1. Repetidas victorias de Cortés sobre los tlascaltecas.—2. Se le rinden.....	134

LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Descubre Cortés la perfidia de los tlascaltecas.—2. La castiga.— 3. Los vence.....	141
CAP. II.—Sumario: 1. Disgusto de los soldados de Cortés.—2. Su discurso animándoles.—3. Se le presentan los de Tlascalteca.—4. Los de Motezu- ma le disuaden en vano de ir á Méjico.....	146
CAP. III.—Sumario: 1. Noticias de Tlascala.— 2. Idem de Guazucingo.—3. Opuestas intrigas de mejicanos y tlascaltecas.—4. Cortés rinde con amenazas á los de Chiurutecal.....	153
CAP. IV.—Sumario: 1. Marcha Cortés hacia Chiu- rutecal.—2. Descubre la traición preparada.— 3. Lucha y victoria.—4. Paces.....	159
CAP. V.—Sumario: 1. Acrimina Cortés á Motezu- ma.—2. Responde con regalos y excusas.—3. In- siste Cortés en pasar á Méjico.—4. El volcán de Popocatepec.....	166
CAP. VI.—Sumario: 1. Prosigue Cortés, aunque mal guiado.—2. El hermano de Motezuma sale á reci- bir á Cortés con valiosos regalos.—3. Le prepa- ran emboscadas.—4. Otro precursor de Motezu- ma.—5. Morada deliciosa á lo romano.....	172

LIBRO III

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Maravillosa calzada de Méjico.— 2. Motezuma sale á recibir á Cortés.— 3. Sacrificios horribles.....	181
CAP. II.— Sumario: 1. Alojamiento de Hernán Cortés.— 2. Discurso de Motezuma cediéndole el Imperio.— 3. Contestación de Cortés.....	188
CAP. III.— Sumario: 1. Traición de Coacopoc.— 2. La explota Cortés para imponerse á Motezuma.— 3. Éste se traslada al palacio de Cortés.— 4. Prisión y castigo de Coacopoc.....	193
CAP. IV.— Sumario: 1. Motezuma preso.— 2. En busca de las minas de oro.....	199
CAP. V.— Sumario: 1. Motezuma levanta una factoría á ruego de Cortés, y facilita un puerto.— 2. Ofrecimientos del cacique de Guazacalco.— 3. Sublevación de Catamazín.....	204
CAP. VI.— Sumario: 1. Motezuma se encarga de someter á Catamazín.— 2. Autoriza una derrama propuesta por Cortés.— 3. Productos de ella.....	210
CAP. VII.— Sumario: 1. Relación que Cortés envía de Méjico.— 2. Acueducto y puertos.— 3. Comercio.	215

LIBRO IV

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Cacao-monena y chocolate primitivo.— 2. Comercio é industria.— 3. Tribunales.— 4. Trasportes y herramientas....	225
CAP. II.— Sumario: 1. Construye Cortés en Méjico cuatro bergantines.— 2. El templo principal.— 3. Colegio.— 4. Ídolos y sacrificios horribles.— 5. Antropofagia.....	232
CAP. III.— Sumario: 1. Sufragios de víctimas humanas.— 2. Cortés destruye los ídolos.— 3. Su discurso.....	238
CAP. IV.— Sumario: 1. Las casas grandes.— 2. Educación cortesana.— 3. Ceremonias á lo divino.— 4. Regia molicie.— 5. Regalos casi divinos.....	245
CAP. V.— Sumario: 1. Quintas á estilo romano.— 2. Las de Motezuma.....	252
CAP. VI.— Sumario: 1. Todo el Imperio sometido á España.— 2. Motezuma no quiere separarse de Cortés.— 3. Angustias de éste por la imprudentísima expedición de Narváez.— 4. Altanería de Pánfilo.....	256

LIBRO V

Págs.

CAPITULO PRIMERO.—Sumario: 1. Hernán Cortés sale de Méjico en busca de Pánfilo de Narváez.—2. Le prende.—3. Feliz aventura del magistrado Ayllón.....	263
CAP. II.—Sumario: 1. Reforzado Cortés, vuelve á Méjico y encuentra sublevada la ciudad.—2. Salidas infructuosas denuncian la gravedad de la situación.....	268
CAP. III.—Sumario: 1. Los mejicanos estrechan el sitio de Cortés.—2. Ochenta bajas de españoles en un día.—3. Cortés herido, hace testudos inútilmente.—4. Muere Motezuma de una pedrada de los suyos.....	274

LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Cortés al habla con sus obstinados sitiadores.—2. Resuelve tomar la ofensiva.—3. Salidas infructuosas.—4. Toma él mismo la torre.....	279
CAP. II.— Sumario: 1. Perfidia de los mejicanos.—2. Resuelve Cortés salirse de Méjico.—3. Retirada costosa.....	286
CAP. III.— Sumario: 1. Prosigue Cortés su retirada hostigado á retaguardia.—2. Y con hambre.—3. Resistencia del soldado español.....	292
CAP. IV.— Sumario: 1. Respiran los españoles en tierra de amigos.—2. Cuarenta y nueve españoles comidos por los indios.—3. Otros doce españoles comidos, y victoria de Cortés contra los antropófagos.....	296
CAP. V.— Sumario: 1. Toma Cortés la ciudad de Izuca, pone nuevo rey y destruye los ídolos.—2. Se le someten otras muchas.—3. El sucesor de Motezuma.—4. Cortés se prepara contra la ciudad de Méjico.....	303

LIBRO VII

De la vuelta al mundo.

CAPITULO PRIMERO.—Sumario: 1. Introducción.—2. Salida de Magallanes.—3. El viaje.....	309
CAP. II.—Sumario: 1. Tiritando en verano.—2. Sedición castigada.—3. Más al Sur.—4. En el desca-	

do estrecho.—5. Deserción de la nave <i>San Antonio</i>	316
CAP. III.—Sumario: 1. En el Pacífico y faltos de todo. —2. Las islas de los Ladrones.—3. El cacique de Berneo bautizado.—4. Pasa Magallanes á Matam. —5. Le matan allí.....	322
CAP. IV.—Sumario: 1. El convite traidor.—2. El Archipiélago.—3. Las Molucas.—4. Supersticiosa explicación de las especias aromáticas.....	328
CAP. V.—Sumario: 1. Otra nave menos.—2. Augurios misteriosos.—3. Alimentos.—4. Los cocos...	334
CAP. VI.—Sumario: 1. Pez monstruoso.—2. Las especias.....	341
CAP. VII.—Sumario: 1. Importancia de la vuelta al mundo.—2. Su explicación.—3. Atentado de los portugueses.....	346
CAP. VIII.—Sumario: 1. Trabajos de la tripulación. —2. Pretensiones portuguesas.—3. El día de menos.—4. Su explicación.....	352

LIBRO VIII

CAPITULO PRIMERO.—Sumario: 1. Transporta Cortés, y bota en la laguna de Méjico, los trece bergantines.—2. Queda dueño de la laguna, quita el agua potable á la ciudad y la bloquea.—3. Setenta días de sitio.—4. Coge preso al emperador, y se le rinde todo el imperio mejicano.....	359
CAP. II.—Sumario: 1. Cortés pone nuevo rey mejicano.—2. Botín que envía Cortés á España.—3. Tigres á bordo.—4. Cortés premiado.—5. Piratas franceses.....	367

LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Colonias del Darién.—2. El istmo de Panamá.—3. Tigres y monos.....	373
CAP. II.—Sumario: 1. Los cocos.—2. Exploraciones en el mar austral.—3. Mar de fondo negro y sirenas.—4. Cocodrilos, madera incorruptible, libertad de los indios.....	381
CAP. III.—Sumario: 1. Fecundidad de la Española. —2. Papiros y granados.—3. Pimienta.....	387
CAP. IV.—Sumario: 1. Otros suicidios ocasionados por abusos criminales.—2. Gigantes en América.	395

LIBRO X

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Noticias que trae Ribera, secretario de Hernán Cortés.—2. Etimologías.—3. Méjico después del sitio y la toma.—4. El arrastre de grandes vigas	401
CAP. II.—Sumario: 1. La escasa tropa de Cortés.—2. Los ricos dones que envía.—3. La industria que revelan.—4. Los vestidos mejicanos.....	409
CAP. III.—Sumario: 1. Mapas indios.—2. Reserva prudente sobre creer en islas de perlas y especiería.—3. Razones en pro.....	417
CAP. IV.—Sumario: 1. Indios salvajes.—2. Parodia de los usos guerreros de Méjico.—3. Id. de los homenajes al rey.—4. La embriaguez santificada...	424
CAP. V.—Sumario: Los juegos de los mejicanos: la pelota.—2. El alumbrado.—3. El matrimonio: cuentas, libros.—4. Fincas devastadas.—5. Comestibles.—6. Cambio de religión.....	431



ANUNCIOS

EN PRENSA

El tomo IV y último de esta obra, recomendada por la Real Academia de la Historia y aplaudida por el Emmo. Sr. Secretario de Estado de Su Santidad en carta que se publicará al fin de dicho tomo.

Item en prensa: el tomo II y último de la misma en latín. Edición de pocos ejemplares, corregida de los innumerables yerros, defectos y perturbadora puntuación de que adolecen las antiguas casi ilegibles, como ya de ello se quejaba el propio autor, lamentándose de que habían impreso la primera Década *inepto caractere*, ó sea, "De Orbe Novo, Petri Martyris Anglerii e regio rerum indicarum senatu Decades octo quas scripsit ab anno 1493 ad 1526, praemissis quaecumque ex ejusdem epistolis de re eadem excerpere licuit; addito etiam ad calcem rerum notabilium indice.,,"

EN PREPARACIÓN PRÓXIMA: Fuentes históricas: *La Vuelta al Mundo*, ó sea el viaje de Magallanes y Elcano, escrito por Antonio Pigafeta, que fué uno de los pocos que regresaron en la nao *Victoria*. Lleva los documentos concernientes á la inmortal empresa. Un tomo.

Fuentes históricas: *Viajes de Américo Vespucio*, escritos por él mismo, con la relación de Traseniano y los documentos correspondientes. Un tomo.

Fuentes históricas: *Los Escritos de Cristóbal Colón*. Un tomo.

La Expulsión de los Moricos, ensayo de restauración histórico-crítica, por D. Joaquín Torres Asensio. Un tomo.

Fuentes históricas: *Las Germanías de Valencia y las Comunidades de Castilla*, por Pedro Mártir Angleria, testigo presencial de los sucesos. Un tomo.

Fuentes históricas: *La Conquista de Granada*, por Pedro Mártir Angleria, que tomó parte en ella por espacio de cinco años. Un tomo.

EN VENTA

Los tres primeros tomos de esta obra, á 5 pesetas cada uno en tela.

El tomo I de la misma en su lengua original, ó sea "De Orbe Novo,, etc. Los dos volúmenes en pasta, 25 pesetas.

A quien pague el tomo IV de la versión española ó el II de la latina, dejando las señas le será enviado con prontitud y seguridad, certificado si es para fuera de España.

Devocionario del Sagrado Corazón de Jesús: 3 pesetas en pasta y 4 en otra clase; encuadernación de lujo, á 10 pesetas.

Mes popular del Sagrado Corazón, en cartoncillo; la docena, 2 pesetas; el ciento, 12 pesetas.

Ceremonial de las Ordenes Menores y Mayores. A peseta el ejemplar en tela.

Ceremonial de la Consagración de los Obispos y de la imposición del Sagrado Palio. A peseta el ejemplar en tela.

La Restauración de los estudios en los Seminarios: 1,50 pesetas.

La Unidad Católica en España: 50 céntimos.

Gramática Latina dedicada á los Seminarios.—Tercera edición: 2,50 pesetas en tela.

Cinco Discursos, que son: Sermón de Santa Teresa de Jesús en su centenario.—Discurso apologético de la Verdad y de la Fe.—Panegírico del Bienaventurado mártir Juan Gabriel Perboyre, en el solemne triduo de su beatificación.—Sermón del Mandato.—Oración fúnebre de las víctimas del Dos de Mayo de 1808.—Precio de cada uno: 50 céntimos; de los cinco, 2 pesetas.

Dirigirse á D. Joaquín Torres Asensio, Canónigo Lectoral de Madrid, Barrionuevo, 2, 2.º izquierda.



R32690